



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

---

---

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
COLEGIO DE LETRAS HISPÁNICAS

**LA SEMILLA DE LA CONCORDIA:**

**EL CATOLICISMO LIBERAL DE IGNACIO MANUEL  
ALTAMIRANO EN *LA NAVIDAD EN LAS MONTAÑAS* Y  
OTROS TEXTOS**

**TESIS**

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE LICENCIADA EN  
LENGUA Y LITERATURAS HISPÁNICAS

PRESENTA:

ANAYTE FERNANDA PÉREZ JIMÉNEZ

ASESOR DE TESIS:

MAESTRO MIGUEL ÁNGEL CASTRO MEDINA

CIUDAD UNIVERSITARIA

MAYO 2014





Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*Para doña Meche y don Pablo*



## AGRADECIMIENTOS

A la Universidad Nacional Autónoma de México, por darme una oportunidad desde el Colegio de Ciencias y Humanidades hasta la Facultad de Filosofía y Letras.

A todos mis profesores de la facultad, por darme la mejor educación que se le puede dar a una persona.

A mis sinodales el doctor Arnulfo Herrera, a los maestros Gloria Baez, Luis Alfonso Romero y Dalia Hernández, por su disposición y rapidez para leer mi trabajo, además de enriquecerlo con sus comentarios.

A mi asesor de tesis, el maestro Miguel Ángel Castro Medina, por su paciencia y guía en este proceso. De igual manera, le agradezco presentarme a Ángel de Campo, *Micrós*.

A mi familia, mi madre, tía Margarita y hermana por apoyarme en todo momento.

A Marco Alberto Báez Soto, por apoyarme, soportarme y animarme para cumplir esta, y todas mis metas.

A Ignacio Manuel Altamirano, por mostrarme quién soy.

## ÍNDICE

|  |           |
|--|-----------|
| Introducción.....  | 6         |
| <b>CAPÍTULO I. EL CONTEXTO POLÍTICO E IDEOLÓGICO DE ALTAMIRANO....</b>   | <b>11</b> |
| Juárez y la Reforma.....   | 11        |
| La intervención francesa.....  | 17        |
| Posturas religiosas de la época.....                                     | 20        |
| <b>CAPÍTULO II. LA CONSTRUCCIÓN DE LAS IDEAS.....</b>                    | <b>35</b> |
| Anticlericalismo.....  | 39        |
| Secularización.....  | 43        |
| Concordia: Veladas literarias y <i>El Renacimiento</i> .....             | 49        |
| Educación y positivismo.....   | 53        |
| Costumbres.....  | 57        |
| La Virgen de Guadalupe.....  | 63        |
| <b>CAPÍTULO III. LA UTOPIÍA PERDIDA: LA NAVIDAD EN LAS MONTAÑAS.....</b> | <b>67</b> |
| Utilidad de la literatura.....   | 69        |
| La novela.....   | 70        |
| La novela de Altamirano.....   | 72        |
| <i>La Navidad en las montañas</i> y la crítica.....                      | 76        |

El discurso católico-liberal en *La Navidad en las montañas*..... 79

**CONCLUSIÓN..... 92**

**BIBLIOGRAFÍA..... 96**



## INTRODUCCIÓN

La Iglesia enfrentaba un periodo de crisis desde finales del siglo XVIII; era cuestionada por la Ilustración y demás movimientos independentistas (Revolución Francesa, Independencia de México, Independencia de las 13 colonias norteamericanas) en sus dogmas, estructura y sistema de valores; el efecto en la religión católica la convirtió en una mera creencia supersticiosa, poblada de hechos fantásticos y con una jerarquía eclesiástica interesada en conservar privilegios y riquezas, más que servir de alimento espiritual y propagar los evangelios entre sus seguidores.

A lo largo del siglo XIX, la Iglesia católica en México sufrió transformaciones radicales, desde la desvinculación del poder político y sus funciones públicas, hasta auditorías a cada templo por las riquezas que poseía, ya que su desmedido poder había crecido demasiado, al igual que el abuso de la fe de sus feligreses; de ahí que al mediar el siglo XIX diversas posturas religiosas como el anticlericalismo, el positivismo, el catolicismo liberal entraron en discusión.

Cuando se implementaron las Leyes de Reforma comenzó una serie de cambios en los patrones de vida del México decimonónico, empezando con el cambio de poder de los dos partidos políticos dominantes: conservadores y liberales que culminó con el predominio de los segundos en la figura y gobierno de Benito Juárez. Este cambio tan drástico dio lugar a un periodo de choque e incertidumbre en todas las esferas sociales. En el campo religioso, ser liberal representaba la excomunión, mediante un discurso apocalíptico y escatológico que desechaba los cambios, y los interpretaba como una obra satánica cuya meta era la destrucción de la religión y de la moral. Cabe destacar que para el clero y la sociedad, no existía distinción práctica entre religión y moral, de ahí que cualquier ataque en contra de

las “buenas costumbres” era considerado como un ataque a la religión, y sobre todo, contra Dios.

La separación Iglesia-Estado, para el clero y los conservadores, representó la decadencia moral y la inminente perdición de la humanidad, ya que las Leyes de Reforma reducían la influencia de la religión en la vida de los feligreses, pues con la entrada de otras religiones, el catolicismo dejó de ser la religión oficial que podía salvar a la decadente sociedad de mediados del siglo XIX, aunado a ello, la religión era el alma nacional, y sus detractores eran seres llenos de vicios y peligrosos para el bienestar social; a través de este discurso, el clero logró posicionar a la religión católica como víctima de los liberales y de la modernidad; así que la excomunión y otro tipo de ataques en contra de la fracción liberal estaban en su perspectiva totalmente justificados. Sin embargo, los liberales y las Leyes de Reforma pretendían crear una nueva conciencia entre los ciudadanos, separando la esfera pública de la privada y dejando a la religión y sus prácticas a la conciencia de cada individuo.

En este contexto de lucha entre conservadores y liberales se encontraba Ignacio Manuel Altamirano un liberal que tomó parte tanto en la Revolución de Ayutla contra la dictadura de Antonio López de Santa Anna, como en la Guerra de Reforma y posteriormente contra la Invasión francesa. Después de este periodo de conflictos bélicos, Altamirano se dedicó a la docencia, en la Escuela Nacional Preparatoria y en la Escuela Nacional de Maestros, además sirvió a su país como diplomático.

Actor y testigo de los enfrentamientos entre liberales y conservadores, Altamirano fue construyendo una ideología que divulgó en sus escritos; en ellos se puede dar cuenta de los perfiles y la evolución de su pensamiento político y religioso. Es posible observar cómo

concebía los problemas sociales en los días de la Revolución de Ayutla y compararlos con las reflexiones que hacía durante la Guerra de Reforma. En sus discursos esboza, por ejemplo, una imagen de la secularización; en sus crónicas describe las preocupaciones de la sociedad de mediados del siglo XIX, y finalmente, en sus novelas narra las transformaciones que trajo consigo la Reforma.

La mayoría de los estudios que se han hecho sobre el pensamiento de Altamirano lo han abordado desde un punto de vista nacionalista y liberal, y se ha prestado menor atención a su postura conciliadora, a la propuesta del catolicismo liberal. Por tanto pretendo subrayar la importancia que tuvo esa postura mediante el análisis e interpretación de algunos de los textos de Altamirano y contribuir al estudio de su obra. *La Navidad en las montañas* es el texto clave para conocer el planteamiento del catolicismo liberal; sin embargo, exploramos los discursos y las crónicas de Ignacio Manuel Altamirano, que nos permitieron comprender mejor su pensamiento y ubicar su postura religiosa. En esos textos se encuentra su posición ideológica y su utopía en lo que se refiere a un sistema ideal de gobierno y una sociedad justa y perfecta: la existencia de una comunidad católica liberal, en la cual se atenderían los intereses de liberales, conservadores, laicos y católicos.

Por lo anterior, nos preguntamos ¿con qué argumentos sustentaba Ignacio Manuel Altamirano su catolicismo liberal?, ¿cuáles eran sus fuentes?, ¿cómo se ve reflejado su pensamiento en su obra?, ¿cómo expresó su ideario liberal en materia religiosa?, ¿en qué creían los católicos liberales? Las hipótesis que dan respuesta a estas preguntas son:

1. Sus discursos y crónicas construyen la idea de una sociedad católica liberal, en el sentido de que la organización política y social moderna y respetuosa de que las

libertades individuales no debía confrontarse con las creencias católicas, sino complementarse.

2. Altamirano creía en la concordia, así que lo que él propuso no era un anticlericalismo radical, sino un catolicismo liberal, a diferencia del ateísmo y otras posturas más o menos radicales.
3. *La Navidad en las montañas* es un discurso católico liberal que expone las ideas religiosas, mediante las historias breves y los diálogos de sus personajes.

En cuanto a la organización de la tesis, el primer capítulo presenta un marco histórico del México de mediados del siglo XIX desde la Guerra de Reforma a la República Restaurada; consideré necesario hacer hincapié en los acontecimientos históricos que sufrió el país, y hacer referencia a los postulados liberales que rigieron la vida y obra de Altamirano para entender su postura religiosa y su ideología política; con el propósito de explicar las posturas de la época: anticlericalismo, pensamiento católico, masonería y catolicismo liberal, nos ayudará a definir los dos conceptos claves de esta tesis: catolicismo y liberalismo.

El segundo capítulo es un análisis de artículos, crónicas y discursos, y se divide en ideas sobre la religión y en ideas sobre el liberalismo con las que el Maestro construyó su pensamiento político y social. En los textos que revisé, Altamirano aborda la política, la literatura, las armas, la justicia, el anticlericalismo, la oratoria, las fiestas religiosas, el periodismo, la educación, la desigualdad y la libertad entre otros conceptos. Es importante estudiar estos diversos textos, ya que se permiten observar cómo a través del discurso, se plantea el catolicismo liberal y demostrar que es posible ser liberal y al mismo tiempo católico.

Finalmente, el tercer capítulo está dedicado a *La Navidad en las montañas*; y a un análisis de cómo se manifiesta el discurso católico liberal en los personajes y en sus acciones.

Los textos que seleccioné para esta tesis se dividen de la siguiente manera:

- a) Crónicas escogidas de las *Obras Completas* de Altamirano, números VII y VIII, tomo I y II, editados por la SEP, edición y prólogo de Carlos Monsiváis; así como del número XII que se titula *Escritos de literatura y arte*, tomo I, selección y notas de José Luis Martínez y finalmente, de la edición facsimilar de *El Renacimiento*, estudio y edición de Huberto Batis.
- b) Discursos de las *Obras Completas* número I, editados por la SEP, edición, prólogo y notas de Agustín Yáñez.
- c) Artículos de las *Obras Completas*, número V titulado *Textos costumbristas*, editado por la SEP, edición y prólogo de José Joaquín Blanco.
- d) *La Navidad en las montañas*. Revisé las siguientes ediciones de la novela:
  1. *Obras Completas*, número III, edición de José Luis Martínez.
  2. *La Navidad en las montañas*; notas y comentarios de José E. Pacheco, José Luis Martínez y Gabriel Zaid. Editorial Jus, México. 1998.
  3. *Clemencia y La Navidad en las montañas*, edición y prólogo de Antonio Castro Leal. México, Porrúa. 1995.
  4. *Para leer la patria diamantina. Una antología general*, Selección y estudio preliminar de Edith Negrín, Ensayos críticos de Manuel Sol, Rafael Olea Franco, Luzelena Gutiérrez Velasco, Cronología Nicole Girón, CFE, FLM, UNAM, México, 2006

## I. EL CONTEXTO POLÍTICO E IDEOLÓGICO DE ALTAMIRANO

### *Juárez y la Reforma*

Altamirano nació en Tixtla, Guerrero, en 1834; perteneció a diversas asociaciones académicas y literarias; participó en la Revolución de Ayutla (1854), en la Guerra de Reforma (1857-1861) y en la Intervención francesa (1862-1867); después de estos conflictos bélicos se dedicó a la docencia y trabajó en la Escuela Nacional Preparatoria y en la Escuela Nacional de Maestros, entre muchas otras instituciones culturales. En la prensa tuvo colaboraciones al lado de Guillermo Prieto, con quien fundó el *Correo de México*, y con Gonzalo Esteva editó en 1869 la revista literaria *El Renacimiento*, que logró reunir a escritores de diversas tendencias literarias sin importar sus ideas políticas, con el fin de fortalecer la literatura mexicana.

Mientras Ignacio Manuel Altamirano se preparaba para ser escritor, periodista, diplomático, político, maestro y defensor del liberalismo, el país pasaba por tiempos funestos. La experiencia del joven Altamirano en los conflictos mencionados le sirvió para adquirir, no solo una postura política, sino también religiosa; por ello es necesario hacer hincapié en los acontecimientos históricos que sufrió el país antes de llegar a la llamada República Restaurada, y en los postulados liberales que rigieron la vida y obra de Altamirano para entender su postura religiosa.

El programa liberal se desarrolló sobre la base de un complejo conjunto de factores históricos: la reacción contra la experiencia de la colonia española; la influencia de la ilustración europea, de la Revolución Francesa, de la experiencia constitucional española y del federalismo angloamericano; las luchas de los insurgentes por la independencia, de los

constituyentes de 1824, de los reformadores de 1833, de los revolucionarios de Ayutla; la reacción ante la guerra civil en los Estados Unidos, ante la dictadura santanista, ante la guerra de Tres Años y ante la Intervención Francesa. Estos constantes enfrentamientos bélicos contribuyeron a dar forma al liberalismo mexicano del siglo XIX que fue plasmado en la Constitución de 1857 y en las leyes de la República Restaurada.

El liberalismo del siglo XIX fue un conjunto de ideas políticas que se formularon de 1820 a 1840; estas ideas dieron lugar a la Constitución de 1857 y a las Leyes de Reforma, posteriormente, y con la victoria en 1867 de Benito Juárez sobre el partido conservador, los postulados liberales vieron su realización con la República Restaurada.

Las ideas del nuevo Estado liberal se contradecían con los principios políticos tradicionales, por ejemplo, los temas como la autoridad, la libertad, la igualdad, la familia y las relaciones entre la Iglesia y el Estado no serían las mismas después de la aplicación de las Leyes de Reforma y la Constitución de 1857. De acuerdo con Charles Hale:

En los postulados liberales estaba el individuo libre, no coartado por ningún gobierno o corporación e igual a sus semejantes bajo la ley; así que las leyes pondrían límites a la autoridad del gobierno mediante leyes escritas depositadas en una Constitución. Esta autoridad individual se lograría remplazando las entidades corporativas tradicionales, como la iglesia, ejército, gremios y comunidades indígenas, por un régimen de uniformidad ante la ley<sup>1</sup>.

En una sociedad moderna el individuo libre debía ser un ciudadano leal, en primera instancia a la nación o Estado laico, que era un postulado básico de la ideología liberal; además, este tipo de estado, debía ser una república. Para llegar al progreso social, el

---

<sup>1</sup> Charles Hale, *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, México, Editorial Vuelta, 1991, p. 43.

desarrollo económico y abrazar por fin la modernidad, el país padeció dos enfrentamientos definitivos: la Guerra de Reforma y la Intervención francesa.

La Guerra de Reforma o de los Tres años estalló un año después de promulgada la Constitución en 1857 bajo el gobierno de Benito Juárez. Durante este periodo las dos posturas políticas y sociales se confrontaron: los conservadores, guiados por Miguel Miramón, y los liberales, representados por Juárez, quien fue perseguido por el ejército conservador durante 1858. Finalmente, las Leyes de Reforma fueron promulgadas en 1859 y se enfocaron principalmente en cuatro cuestiones:

1. La libertad intelectual y de creencias. Antes de 1857 las constituciones que estuvieron vigentes en México habían declarado que la religión católica era la religión oficial;<sup>2</sup> la libertad de cultos fue establecida el 4 de diciembre de 1860 en el artículo 15, y consideraba que la libertad religiosa es un “derecho natural del hombre”. Esta ley restringía las festividades religiosas al templo, a no ser que hubiera un permiso emitido por la autoridad local; por su parte, los católicos conservadores consideraban que la tolerancia de cultos era inválida para un país cuya religión oficial era la católica. A propósito de esta enmienda, Justo Sierra explicaría después: “la religión era algo eminentemente individual que cuando se decía una nación católica se significaba que la gran mayoría de sus habitantes era

---

<sup>2</sup> La Constitución de Apatzingán en 1814 declaraba que la religión del país “es y será” la religión católica, además prohibía la entrada de cualquier otra secta o religión; de la misma manera, en el Plan de Iguala se manifestó, en las tres garantías, que la religión católica sería la única y la religión oficial del nuevo imperio.

católica; México era una nación católica sin duda alguna y su gobierno era y seguía siendo laico y sin religión”<sup>3</sup>.

2. La secularización del estado consistió en separar las instituciones y acabar con los privilegios de la iglesia y el ejército, quienes concentraban la mayor parte de la riqueza del país; así que el Estado absorbió todo: religión, educación, gobierno y propiedad; por ejemplo, el establecimiento del registro civil restaba importancia a los sacramentos más importantes para los católicos como el bautismo y el matrimonio; la secularización de los cementerios igualaba a los hombres a la hora de la muerte, pues no importaba la condición social o económica, ni mucho menos la religión que profesaban al momento de morir y llegar al cementerio. Al respecto, Justo Sierra declararía que: “En términos secos y jurídicos quedan rotas las relaciones entre la Iglesia y el Estado considerados como entidades de igual importancia. No hay más que el Estado órgano del poder social, [...] y la Iglesia es una de tantas asociaciones que viven sin privilegios de ningún género del Estado al igual que otras”<sup>4</sup>.

El propio Juárez señala en sus *Apuntes a mis hijos* que “los gobiernos civiles no deben tener religión porque siendo su deber proteger imparcialmente la libertad que los gobernados tienen de seguir y practicar la religión que gusten adoptar, no llenarían fielmente este deber si fueran sectarios de alguna”<sup>5</sup>.

---

<sup>3</sup> Justo Sierra, *Juárez: su obra y su tiempo*, México, Editorial Valle de México, 1988, p. 156

<sup>4</sup> Justo Sierra, *Op. Cit.*, p. 171

<sup>5</sup> Benito Juárez, *Apuntes para mis hijos*, México, UNAM, 2004, p. 68

Por último, el carácter laico. Antes de la separación de la Iglesia y del Estado, el cura era la figura dominante en los pueblos, porque nadie podía competir con sus conocimientos y su autoridad moral; aunque las leyes de Reforma habían quitado fueros al clero, su influencia en el campo a través de la educación seguía siendo determinante; para contrarrestar lo anterior, los liberales establecieron la figura del maestro de escuela, encargado de transmitir un conocimiento libre de dogmas, es decir, laico. Lo anterior hizo que la educación laica comenzara a cambiar la mentalidad de las generaciones venideras, entre ellas la del joven Altamirano:

Una ley benéfica del Estado de México, al que pertenecía entonces la comarca en que nací, me sacó de ella, designado para venir a estudiar en el Instituto Literario de Toluca [...] aquella ley no sólo me favorecía a mí sino también a muchos jóvenes indígenas del Estado de México, pobrísimos como yo, y como yo condenados seguramente, si tal disposición no hubiera venido a salvarlos, a arrastrar una vida de ignorancia y miseria.<sup>6</sup>

3. Después de una guerra que destruyó los recursos del país y antes de que pudiera rehacerse, sólo la Iglesia conservaba celosamente grandes bienes obtenidos a través de tres siglos, muchos de los cuales no eran explotados debidamente. La disposición de que esos bienes entraran en circulación en beneficio de la comunidad entera, de quitar privilegios a los eclesiásticos y militares, incompatibles con la sociedad moderna que se trataba de establecer, representaron dos puntos fundamentales de la lucha que se estableció contra la Iglesia.

Por lo que toca a la desamortización de los bienes eclesiásticos, ley decretada el 12 de julio de 1859, y que nacionalizaba todos los bienes

---

<sup>6</sup> Ignacio Manuel Altamirano, *Para leer la patria diamantina. Una antología general*, Selección y estudio preliminar Edith Negrín, México, FCE, FLM, 2006, p. 20.

del clero; y que suprimía en toda la república las órdenes de los religiosos, llamadas también cofradías, archicofradías y congregaciones, etcétera; y que sancionaba a los que no la cumplieran, al extremo de condenarlos y juzgarlos como como conspiradores. El 2 de febrero de 1861 se determinó que todos los establecimientos de beneficencia como hospitales, cementerios, escuelas, quedaban secularizados y su administración pasaba a manos del gobierno: pues “el principio liberal había sido la desamortización y nacionalización de los bienes eclesiásticos, justificado por la idea de promover la circulación de los bienes de manos muertas”<sup>7</sup>.

4. Finalmente, el combate contra la actitud excesivamente conservadora o reaccionaria de la iglesia en temas políticos y sociales. La iglesia y los conservadores defendieron el antiguo régimen, rechazaron tajantemente el modelo liberal y, no aceptaban las innovaciones y mucho menos admitían la disminución de su influencia en la sociedad. Como se sabe, antes del triunfo del partido liberal, la iglesia regía la vida social, pues era una autoridad moral y religiosa, ya que era la religión verdadera y única mandada por Dios; además tenía tanto poder político y económico que representaba un freno para la “modernidad” y para los postulados insertos en la Reforma. De ahí que diversas

---

<sup>7</sup> Jorge Adame Goddard, *El pensamiento político y social de los católicos mexicanos, 1867-1914*. México, UNAM, 1981, p. 54

posturas como el anticlericalismo y la masonería se extendieran durante el siglo XIX:

Supongamos un pueblo soberano que cuenta con el derecho y la libertad necesaria para elegir sus magistrados supremos: que además, este derecho y libertad le están asegurados por su constitución fundamental. Pero este pueblo está corrompido, es inmoral, no tiene costumbres, carece de hábitos de bien. Este pueblo se divide en dos grandes fracciones, corruptores y corrompidos: corruptores todos aquellos que se encuentran en situación propicia para hacer el mal directa y eficazmente, explotando en su favor la ignorancia, la debilidad, la venalidad del pueblo; es decir, su inmoralidad: corrompidos, aquellos otros que no contando con elementos necesarios para hacer el mal eficaz, directamente tienen que someterse a consentir en ser arrastrados por el torrente que les echan encima los hijos afortunados de la sociedad.<sup>8</sup>

La Guerra de Reforma finalizó en 1860 con el triunfo de los liberales. Durante ese tiempo, Altamirano fue electo diputado y su nombre comenzó a hacerse popular en la Asamblea Nacional gracias a discursos suyos como “Independencia y Reforma”,<sup>9</sup> o “Contra la amnistía”.<sup>10</sup> En ellos hace un balance de lo que significó la Guerra de los Tres Años y reconoce que en parte fue un enfrentamiento de católicos contra católicos —“los que creen que el progreso está reñido con el cristianismo tienen ojos, como decía Cristo, y no ven”<sup>11</sup>— cuyo resultado fue someter a la sociedad a un nuevo régimen —no mejor que el anterior— en forma de un Estado dogmático.

### *La Intervención francesa*

México no tenía recursos y ante la falta de pago de la deuda externa, en 1861, Francia, Inglaterra y España decidieron intervenir: sus tropas desembarcaron en el puerto de

<sup>8</sup> Ibid, p. 69

<sup>9</sup> Ignacio Manuel Altamirano, *Obras Completas I*, coordinadora Nicole Girón, México, SEP, p. 42-49. De aquí en adelante, cada vez que se citen las *Obras Completas* se pondrá *OC*, el número correspondiente y el apellido del autor .

<sup>10</sup> Ibid, p. 55-60

<sup>11</sup> Ibid, p.44

Veracruz a finales de ese año. El gobierno liberal trató de negociar el retiro y lo consiguió con los ingleses y españoles; sin embargo, Francia no aceptó las propuestas de Juárez, y con el apoyo de los conservadores mexicanos<sup>12</sup>, que no aceptaban la separación Iglesia-Estado establecida por el recién instaurado gobierno liberal, decidieron, junto con el apoyo de Napoleón III, imponer una monarquía en México.

En abril de 1862, el ejército francés llegó a territorio mexicano; a principios de mayo, Ignacio Manuel Altamirano obtuvo autorización de Benito Juárez para formar guerrillas. A partir de la invasión, múltiples acontecimientos nublaron el país: las improvisadas guerrillas se enfrentaban a conservadores y a los invasores. Benito Juárez, durante la invasión, instaló su gobierno en San Luis Potosí, Monterrey, Chihuahua y El Paso del Norte.

A finales de 1863, el país recibió al emperador Maximiliano de Habsburgo y el ejército francés terminaba de someter a las principales ciudades del país. El nuevo imperio era una esperanza para los conservadores, pues creían que el nuevo emperador respetaría los derechos de la iglesia que habían sido transgredidos por los liberales; sin embargo, el monarca tenía una fuerte tendencia liberal y en un Manifiesto emitido el 12 de junio de 1863 dictó las bases para llegar a un acuerdo con el Vaticano de cómo se manejaría el gobierno imperial. El primer punto señalaba la nacionalización de los bienes del clero; supresión del fuero eclesiástico; la iglesia pasaría a ser un órgano del estado; los servicios del clero serían gratuitos y además, declaró la libertad de cultos. Las esperanzas que la

---

<sup>12</sup> Entre ellos, José María Roa Bárcena, Ignacio Aguilar y Marocho, Manuel García Aguirre, Miguel Martínez, entre otros, fueron miembros de la Junta de Notables; José Sebastián Segura, miembro de la Asamblea de Notables; José de Jesús Cuevas, auditor del Consejo de Estado del emperador Maximiliano.

iglesia y los conservadores mexicanos tenían con la invasión francesa y el nuevo imperio no se cumplieron.

Tres años después de impuesta la monarquía en México, Napoleón III anunció ante la Cámara de Diputados francesa su intención de retirar el apoyo al imperio de Maximiliano por diversas razones: la principal fue que el gobierno estadounidense se oponía a la Intervención francesa, desconocía la autoridad del emperador y reconocía el gobierno de Benito Juárez.

En abril de 1867 la guerra llegaba su fin y la victoria por parte de los liberales era inminente. El 19 de junio, los fusilamientos de Maximiliano, Miguel Miramón y Tomás Mejía en el cerro de las Campanas, marcaron el fin de la intervención francesa. Finalizada la invasión, el clero y los conservadores se volvieron a encontrar en el bando de los perdedores.

Con el reciente triunfo, los liberales se unifican, nuevamente, alrededor de la figura de Juárez, convencidos de que este hombre era la representación de la patria; se convoca de nuevo a elecciones que propician una división en una fracción postula la reelección de Juárez; la otra, en la que se encontraba Altamirano, se inclina por el general Porfirio Díaz, quien había jugado un papel crucial en la Intervención francesa.

Benito Juárez fue reelecto por un amplio margen de votos para el periodo de 1868-1871. La victoria contra la Intervención francesa preparó el camino para la construcción del país. Había llegado finalmente el momento de los liberales, y de igual forma el Estado laico, liberal y democrático, constituido en una República que resurgía:

Hija genuina de la revolución de Ayutla, la Ley-Juárez era una ley revolucionaria, dada por una autoridad que tenía por sola fuente de poder la revolución, declaró que siendo aquella una ley general, es decir, federal, los estados no podían ni modificarla, ni variarla. El escándalo

fue máximo, pero esperado [...] las conquistas de la Reforma tuvieron la particularidad de que una vez establecidas en la ley se han convertido en hechos perdurables; se han ampliado, no se han alterado ni derogado.<sup>13</sup>

### *Posturas religiosas de la época: anticlericalismo, positivismo, pensamiento tradicional de los católicos mexicanos, catolicismo liberal, masonería y espiritismo*

#### *Anticlericalismo*

El anticlericalismo no es una ideología en sí, pues no posee una consistencia en tanto sistema de ideas orgánicamente articulado, puede considerarse como una actitud, una reacción y una manifestación de la dialéctica entre religión, estado y sociedad. Como consecuencia de sus postulados, el liberalismo fue considerado como anticlerical, pues la forma ideológica de construir la República Restaurada no daba lugar a una creencia religiosa.

Hay dos formas de analizar el anticlericalismo, la primera proviene desde fuera del clero, ya sea por postulados o ataques de otras religiones; mientras que la segunda surge dentro del clero. En México, el comportamiento de algunos sacerdotes y obispos, sus abusos y corrupción, entre otras cosas, dieron lugar a cierto rechazo de la población y que muchos liberales adoptaran el anticlericalismo como postura política.

El anticlericalismo de la época nace del dogmatismo exagerado, la imposición de ideas, la conservación de prejuicios como las supersticiones y el fanatismo; lo anterior provocó que la desconfianza hacia el clero se instalara indefinidamente en la sociedad

---

<sup>13</sup> Justo Sierra, *Op. Cit.*, p. 103

mexicana, a pesar de los conflictos bélicos y con el carácter político que la definió desde que se formularon las leyes de Reforma.

En el siglo XIX, la iglesia católica afirmaba que era la base de la identidad mexicana; además, se definía como una sociedad perfecta, autónoma y soberana frente al estado. Las principales causas del anticlericalismo mexicano surgieron de la propia institución eclesiástica, en particular de la jerarquía; el clero ocupaba cargos en los espacios públicos que debería administrar el estado, por ejemplo, la educación, la beneficencia, la administración de cementerios y otros. Se peleaba en realidad el control que ejercía sobre las conciencias el poder social y político que la República Restaurada necesitaba para construirse como tal.

#### *El régimen anticlerical de Lerdo*

Después de la muerte de Benito Juárez en 1872, el poder ejecutivo quedó en manos de Sebastián Lerdo de Tejada, y representó la etapa de mayor tensión entre la iglesia y el estado, ya que Lerdo canceló muchas de las concesiones que había otorgado Benito Juárez con ánimo conciliatorio. El 10 de diciembre, el Congreso emitió una Ley Orgánica de las adiciones y reformas constitucionales, las cuales seguían dos principios generales: la separación iglesia-estado y la libertad religiosa que dio lugar a la expulsión de los jesuitas (1873) y de las Hermanas de la Caridad (1874), lo cual fue duramente criticado:

Ahora que por un acto de misericordia de la Providencia divina desapareció de la sociedad el digno padre de la Reforma [...] creíamos que el Sr. Lerdo, libre de la influencia masónica, que hizo del difunto un vil instrumento de maquinaciones tenebrosas se dedicaría con empeño a explotar la verdadera opinión pública y que prestando a ésta el debido

acatamiento respetaría los derechos de los católicos que componen la casi totalidad de la nación, haciendo efectiva la tolerancia de cultos.<sup>14</sup>

Lo anterior, fue un golpe duro para el catolicismo y de alguna forma para el propio Lerdo porque más tarde la sociedad le cobraría esta afrenta.. El Plan de Tuxtepec, encabezado por Porfirio Díaz, vio la luz y logró derrocar el gobierno lerdisto en 1876. El régimen de Díaz fue mucho más tolerante con la vida eclesiástica.

### *Ignacio Ramírez “El Nigromante”*

La generación de la Reforma se caracterizó por su anticlericalismo, pero que no fue antirreligioso, como suele pensarse, pues los liberales de la época distinguían entre religión y clero. Este último era el enemigo de la libertad y el culpable de haber empobrecido al pueblo económica y culturalmente. Uno de los representantes del anticlericalismo mexicano fue Ignacio Ramírez “El Nigromante”, que planteaba que el gobierno eclesiástico no era monárquico ni republicano y mucho menos constitucional, sino una forma de dictadura encabezada por el Papa; él tenía autoridad suprema, ordinaria y extraordinaria, sobre los obispos, pero en especial, sobre los fieles, a quienes exigía fe y obediencia, lo cual, según Ramírez, contradecía lo planteado en las leyes de reforma, pues la obligación de todo mexicano era defender el territorio, la patria y la Constitución.

Lo que promovía entonces el clero era un nuevo enfrentamiento: alentaba a los creyentes a luchar en contra del gobierno y lo desacreditaba en cada oportunidad que tenía. En su artículo “El Papa es dictador”,<sup>15</sup> Ramírez afirmaba que mientras que los principios

<sup>14</sup> “La elección presidencial” en *La idea católica*, 3 de noviembre de 1872, citado por Alicia Villaneda, “Periodismo confesional” en Álvaro Matute et. al., *Estado, iglesia y sociedad. Siglo XIX*, México, UNAM, 1995, p. 332.

<sup>15</sup> Publicado en el periódico *El Correo de México* el 14 de octubre de 1867; en Ignacio Ramírez, *Economía política*, México, UNAM, 1989, p.312-316

del gobierno se atenían a la libertad, en la iglesia se denotaba el ejemplo más claro del poder dictatorial existente, que era el papal:

Pero el edificio religioso aún no está concluido, díganlo nuestras luchas sangrientas. El catolicismo romano, pagano en tiempo de los césares, feudal en la Edad Media y monárquico hoy en día, en vano se pone la careta de la democracia para que no le conozca la tea revolucionaria: toda nuestra esperanza se fina en los innumerables y buenos creyentes que, fieles a los estandartes del Crucificado, no quieren verlo arrancado de los templos para que sirva de picota a las puertas de los palacios; ellos lo proclaman símbolo de la caridad y justicia; y no de ambición y de rencores; por eso es que ellos nos prometen que un día la primera bendición del sacerdote será para la democracia, y el primero de sus anatemas para la intolerancia y el despotismo.<sup>16</sup>

Ramírez escribió irónica, sarcástica y apasionadamente contra el clero: creía que el poder del conocimiento científico podía transformar al mundo, encaminarlo al progreso y crear un hombre nuevo, con visión y valores ajenos a la religión católica para que pudiera luchar por su nación: “Yo soy positivista: todo hombre que no es infalible, absoluto, ni tolerante, debe ser positivista, es decir, debe buscar la realidad de las cosas [...] comencé mi vida viendo las cosas como no son; ¡No me valía de mis ojos!”<sup>17</sup>.

Mientras que algunos liberales como Guillermo Prieto, Francisco Zarco y el propio Altamirano, afirmaban que no venían a hacer guerra contra la iglesia, sino contra los abusos del clero, Ramírez decía que el deber de los liberales era “destruir el principio religioso cristiano para que, emancipada la sociedad ande”, por lo anterior muchos liberales como Juárez y Lerdo tuvieron que negociar con su ideario, en consecuencia, sus simpatías con el gobierno juarista, que se depositaron en la primera candidatura de Porfirio Díaz.

<sup>16</sup> Ignacio Ramírez, “Discurso cívico”, pronunciado el 16 de septiembre de 1861 en la Alameda de México en memoria de la Independencia de México, en el *Monitor Republicano*, 17 de septiembre de 1861. En Ignacio Ramírez, *La palabra de la Reforma en la República de las Letras. Una antología general*, selección y estudio general de Liliana Weinberg, México FCE, 2009, p. 259.

<sup>17</sup> Ignacio Ramírez, “El Papa es dictador”, *Obras Completas II. Escritos periodísticos*, compilador David R. Maciel y Boris Rosen Jelomer, México, Centro de Investigación Científica Jorge L. Tamaya, 1984, p. 161

### *Positivismo*

Durante este periodo las propuestas políticas están representadas por varias asociaciones que se formaron en torno a formulaciones programáticas diversas, como la del Partido del Progreso y algunas reformas legales en la línea histórica de las secularizaciones que se cerraron en el año de 1857. Posterior a esta etapa aparecerá la del positivismo filosófico y el naturalismo científico que dio lugar a elementos agnósticos y ateos en múltiples proyectos materialistas, a los dispersos deístas del viejo racionalismo metafísico en crisis, a las tesis de los protestantes, así como a las de los novedosos católicos liberales. El positivismo imprimió al país su tonalidad filosófica de realismo y relativismo después de la caída del segundo Imperio, mas el término liberal con su sentido anticlerical y a menudo anticatólico se mantuvo en el país.

Los años posteriores a 1867 presenciaron el ascenso del positivismo como un conjunto predominante de ideas sociales en México, la filosofía positivista se convirtió en guía de la reorganización educativa superior y política: con el positivismo, la era de la ciencia había llegado a México.

Los antecedentes de la teoría social positivista pueden hallarse en el pensamiento de Auguste Comte y Herbert Spencer; éstos fueron la base del positivismo europeo. La verdad revelada por la ciencia será el criterio para que la modernidad ingrese a todos los campos y con ello “Dios fue poco a poco expulsado del mundo: fuera del cosmos por la idea de un universo cerrado”<sup>18</sup>. La primera aparición del positivismo en la política mexicana fue con el discurso llamado “Oración cívica”<sup>19</sup> de Gabino Barreda, presidente de la comisión de reforma educativa nombrado por Benito Juárez: “El positivismo en su sentido estrictamente

---

<sup>18</sup> Franco Savarino y Andrea Mutolo. *El anticlericalismo en México*, México, Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey, 2006, p. 391

<sup>19</sup> Pronunciado en Guanajuato el 16 de septiembre de 1867 en conmemoración de la Independencia.

filosófico es una teoría del conocimiento en la cual el método científico representa para el hombre el único modo de conocer. Los elementos de este método [...] son la observación y la experimentación; [...] y la búsqueda de las leyes que rigen los fenómenos o las relaciones entre ellos”<sup>20</sup>.

El resultado de esta comisión educativa fue la ley del 2 de diciembre de 1867, la cual dio lugar a la Escuela Nacional Preparatoria y a su programa de estudios de corte positivista. Otra aplicación de los principios positivistas fueron las Leyes de Reforma que obedecían a los postulados de separación Iglesia-Estado y como ya se mencionó, la nueva forma de impartir la educación en México, siendo esta ya meramente científica y no religiosa o basada en creencias.

Los liberales en el gobierno tenían esperanzas de desarrollo material del país con el positivismo, pues uno de sus lemas era “orden y progreso, es decir, orden mental y social con el progreso científico; este lema sería usado en la campaña de Porfirio Díaz quien podría considerarse como un digno representante de algunos aspectos del positivismo, ya que es con él cuando el país logra el mayor nivel de “orden y progreso”; sin embargo, lo llevó a cabo de una manera drástica, es decir, a los que estaban en contra de su gobierno o lo criticaban, los mandaba encerrar o hasta fusilar; según él esto era necesario para el progreso del país. De esta manera logró una estabilidad política nunca antes vista, y por lo tanto llamó la atención de los inversionistas extranjeros.

Es necesario notar que durante el Porfiriato hubo un crecimiento económico, mas no un desarrollo económico social. El primer término se refiere a la cantidad, esto significa que hubo una gran cantidad de bancos, empresas, modernidad etc. El segundo significa que

---

<sup>20</sup> Charles Hale, *Op. Cit.*, p. 226

no hubo variedad o mejoramiento en cuanto a la distribución del ingreso y lo que trajo como principal consecuencia, que las condiciones de vida de la mayoría de los ciudadanos se quedaran estancadas. Es cierto que en la época de Porfirio Díaz el país se modernizó, por ejemplo la expansión del ferrocarril y otras vías de comunicación, la explotación de la minería, entre otras. Lo malo de este desarrollo, es que la mayoría le pertenecían a unos cuantos mexicanos y extranjeros, ya fueran ingleses, franceses, españoles o estadounidenses.

Ahora bien, como lo pregonaba una publicación de poblana, *La Revista Eclesiástica*, para los católicos el positivismo era “sólo una blasfemia, una calumnia atroz que puede lanzarse contra el catolicismo”.<sup>21</sup>

#### *Pensamiento católico tradicional de los mexicanos*

Después del triunfo del partido liberal, el país quedó sometido a las leyes que dictaba la Constitución de 1857 y los colaboracionistas del Imperio perdieron sus derechos por el decreto del 16 de agosto de 1893, en el cual eran considerados traidores, quienes hubieran sido soldados, empleados o funcionarios del gobierno imperial y todos aquellos que ayudaron de alguna forma a la Intervención. Lucas Alamán, fundador del Partido Conservador, pronunció el 22 de enero de 1850 un discurso ante la tribuna de la Cámara de diputados, el cual era una síntesis sobre el papel de los conservadores en la sociedad:

Nos llamamos conservadores ¿sabéis por qué? Porque queremos conservar la débil vida que le queda a esta pobre sociedad, a quien habéis herido de muerte porque después de devolverle el vigor y la lozanía que puede y debe tener y que vosotros [los liberales] le arrebatasteis, que nosotros le devolveremos, ¿lo oís? Nosotros somos

---

<sup>21</sup> “El Positivismo”, *La Revista Eclesiástica* (Puebla) 25 de julio 1868, citado por José Antonio Robledo y Meza en “La escuela preparatoria y la estatización de la educación 1867-1878”; David Piñera Ramírez (coord.), *La educación superior en el proceso histórico de México: siglo XIX*, México, Universidad Autónoma de Baja California, 2001, p. 180

conservadores porque no queremos que siga adelante el despojo que hicisteis, despojasteis a nuestra patria de su nacionalidad, de sus virtudes, de sus riquezas, de su valor, de su fiereza, de sus esperanzas. Nosotros queremos devolvérselas; por eso somos conservadores.<sup>22</sup>

El gobierno de Benito Juárez estableció una política pacifista en 1870, que permitió que los exiliados regresaran a México; redujo condenas a los que fueron encarcelados por motivos políticos; los conservadores recuperaron sus derechos políticos; se creó la diócesis de Tamaulipas, su primer obispo fue Ignacio Montes de Oca; el arzobispo de México, Pelagio Antonio de Labastida, desterrado por sus servicios al imperio, regresó a la ciudad de México en 1871, al igual que otros dignatarios eclesiásticos.

Estas medidas de conciliación se vieron complementadas con los esfuerzos de Altamirano para construir la paz mediante la cultura con la creación de una literatura nacional; este deseo se manifestó en *El Renacimiento*, publicación semanal que perseguía ese fin.

Durante los dos gobiernos de Juárez, la Iglesia se mantuvo al margen de la vida política, pues se dedicó a trabajar en su reconstrucción con los miembros del partido conservador que también se mantuvieron alejados. Sin embargo en 1868, “formaron una agrupación para el fomento de los intereses religiosos llamada la Sociedad Católica de México”<sup>23</sup> cuyo objetivo era “exclusivamente religioso” (Artículo 1º de su reglamento). *La Voz de México* fue su órgano oficial de 1870 a 1875. El Papa Pío IX envió un mensaje al presidente de la Sociedad Católica en el que lo felicitaba por sus esfuerzos de exaltar las ideas morales y religiosas:

<sup>22</sup> Alfonso Noriega, *El pensamiento conservador y el conservadurismo mexicano*, tomo 2, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 1972, p. 66-67

<sup>23</sup> Jorge Adame, *Op. Cit.*, p.19. *La Sociedad católica de México* se fundó el 25 de diciembre de 1868, tras una ardua organización y la aprobación de un reglamento provisional; a las minutas de las reuniones se les dio el nombre de *Memoria de la Sociedad Católica de la Nación Mexicana*, la cual comprende desde el 25 de diciembre de 1868 hasta el 1º de mayo de 1877.

Ha sido muy grato para nos, que en medio de la triste amargura de estos tiempos, en que por todas partes se declara una guerra terrible contra la Iglesia de Dios, vosotros trabajéis con tanta solícitud y cuidado, en promover el culto divino, en publicar por la prensa escritos útiles, y enseñar la doctrina cristiana a los niños y a los ignorantes y amparo de vuestro prelado<sup>24</sup>.

El pensamiento de los conservadores tradicionales se fincaba en la organización social contenida en las Sagradas Escrituras. El punto de partida de esta doctrina era la afirmación que Dios como el único creador del hombre, su señor, su dueño, y por ende, de la sociedad, por lo cual solamente Él podía decidir sobre el hombre y su medio social; de ahí que la autoridad debía seguir los principios de la ley divina:

El conservadurismo mexicano siguió los cánones europeos: la defensa del orden político y social, el convencimiento acerca de que los cambios en la organización política, social, cultural y económica podrían hacerse de forma paulatina, adecuando las necesidades a las tradiciones, respetando los usos y costumbres relacionados con el orden social y político; generando una relación más estrecha con la Iglesia y apelando a las fuerzas militares para enfrentar a sus opositores.<sup>25</sup>

Los resultados de la separación Iglesia-Estado, según el Padre Celestino José Félix,<sup>26</sup> fueron rebelar al hombre contra su Dios verdadero:

Y fomentar la indiferencia religiosa, hacer que prevaleciera la civilización material, debilitar el sentimiento de respeto a las autoridades, establecer la educación laica, atacar y destruir instituciones

<sup>24</sup> Mensaje del Papa Pío IX al presidente de la Sociedad Católica, José de Jesús Cuevas, el día 30 de septiembre de 1874, en Jorge Adame, *Op. Cit.*, p. 21

<sup>24</sup> Valeria Cortés Hernández, “Liberalismo y política en el siglo XIX. Una mirada desde México en los casos español y mexicano”, en *La cuestión religiosa. España y México en la época liberal*, UNAM, México, 2012, p. 145

<sup>25</sup> El padre Celestino José Félix nació en Francia en 1810 y murió en 1891. Fue jesuita, profesor de retórica y filosofía; su trabajo como orador fue reconocido por el Papa pío IX y por León XIII.

<sup>26</sup> Jorge Adame, *Op. Cit.*, p. 36-37

católicas venerables como el matrimonio y las congregaciones religiosas [...] despojar a la Iglesia en su derecho a la propiedad y someterla al dominio del Estado.<sup>27</sup>

*La Voz de México*, órgano de la Sociedad Católica, afirmaba, entre sus muchas editoriales, que el gobierno quería “sustituir en la imaginación de los niños, en la adoración de los adultos, el dios-patria al Dios verdadero”<sup>28</sup>. Este nuevo estado dogmático volvía sacramentales a la bandera, el himno, los héroes naciones, entre otros símbolos patrios.

Los conservadores consideraban que la persecución de lo que representaba la iglesia era la punta del iceberg, pues para ellos el liberalismo o ateísmo oficial, producía, entre otras cosas, desunión nacional, disolución de las buenas costumbres y de las tradiciones; además, con el ascenso liberal, se habían relajado la moral y los desórdenes sociales se estaban esparciendo entre los jóvenes que habían sustituido los “hábitos de bien” por el materialismo. Por lo anterior, la labor que hicieron los conservadores con la Sociedad Católica fue clave, ya que la difusión de los principios sociales y políticos, influyó para lograr cierta restauración del cristianismo, la cual recuperaba espacio para una política católica, que señalaba a los ateos, los materialistas y los racionalistas, que sólo propagaban doctrinas que a su modo de ser desprestigiaban los preceptos morales cristianos con los que habían sido educados los mexicanos de bien:

Pedimos que se conserve la religión católica, porque creemos en ella, y porque aunque no la tuviéramos por divina, la consideramos como el único lazo común que liga a todos los mexicanos, cuando todos los demás han sido rotos, y como lo único capaz de sostener a la raza hispano-americana, y que puede librarla de los grandes peligros a que está expuesta. Entendemos también que es menester sostener el culto con esplendor de los bienes eclesiásticos, y arreglar todo lo relativo a la

---

<sup>27</sup> Jorge Adame, *Op. Cit.*, p. 65

<sup>28</sup> *Ibid*, p. 65

administración eclesiástica con el Papa; pero no es cierto, como han dicho algunos periódicos para desacreditarnos, que queremos Inquisición, ni persecuciones, aunque sí nos parece que se debe impedir por la autoridad pública la circulación de obras impías e inmorales.<sup>29</sup>

La “distinción”, nombre que prefirieron algunos católicos para llamar a la separación Iglesia-Estado, consistía en: someter a todo ser humano a dos constituciones diversas y en muchos casos contrarias; una que le señala sus deberes morales como criatura respecto a su Creador, otra que fija lo que le corresponde como individuo respecto a la sociedad.<sup>30</sup> Muchos frutos dio la Sociedad Católica, sin embargo, no fueron suficientes para que permaneciera vigente y unida, así que se fue debilitando y fue desapareciendo paulatinamente para 1878: “Apenas nacida nuestra Sociedad, recibió elementos poderosos y contó con un personal tan numeroso y entusiasta, que hizo concebir las más halagüeñas esperanzas, sin que se previera entonces que todo ese brillo se opacaría presto. Así sucedió a nuestra Sociedad. Se comenzó a difundir la idea de que nada hacía y mucho de entre nosotros mismos lo quisimos creer”<sup>31</sup>.

### *Catolicismo liberal*

Toda forma política puede ser aceptable por un católico mientras se respete la libertad de la iglesia y el poder de su magisterio, sosteniendo que sería imposible o contraproducente retornar a los viejos ordenamientos. Para el católico liberal de siglo XIX el estado no solamente no debe usurpar los derechos de la iglesia, sino que debe mantener la inspiración cristiana en su legislación. El católico sigue los valores morales y la doctrina de Jesús, pero

<sup>29</sup> Victoriano Salado Álvarez, *Episodios Nacionales mexicanos. De Santa Anna a la Reforma*, México, FCE, 1986, p. 46

<sup>30</sup> Jorge Adame, *Op. cit.*, p. 54

<sup>31</sup> *Ibid*, p. 26-27

rechaza las advertencias de la iglesia cuando le indica que debe votar por el partido que defiende los intereses de la iglesia.<sup>32</sup>

Esta postura religiosa acepta la presencia del clero en un perfil bajo y pluralista, lo cual estaba de acuerdo con las leyes de Reforma; la idea de esta conciliación era que la iglesia aceptara el progreso que trajeron los liberales con la reforma, como parte del plan de Dios, y es por eso, que la iglesia tenía que adaptarse a los tiempos nuevos y aceptar las ideas sociales, económicas y culturales del liberalismo.

Manuel Ceballos llamó “utópicos” a los católicos liberales, pues ellos buscaban el entendimiento entre el “hombre nuevo que surgió de las revoluciones y el cristiano”<sup>33</sup>. Lo que buscaban eran dejar convivir a la iglesia en el estado libre, ya que los “utópicos” se ampararon en la política de la conciliación y el entendimiento, propuesta iniciada por Juárez en la llamada República Restaurada.

Jorge Adame Goddard se refiere a ellos como “unionistas”, pues intentaron adaptarse al estado liberal de otra manera. En un diario liberal se publicaron, hacia 1870, diversos artículos de Roberto A. Esteva, en los que explicaba la organización de estos nuevos católicos. El programa consistía en que aceptaran las Leyes de Reforma así como la Constitución y que formaran un nuevo partido conservador. El antecedente de este grupo estaba en España con la Unión Católica, cuyo ideal “era luchar por los intereses católicos, adaptándose a las circunstancias políticas de la época”.<sup>34</sup>

El clero y la religión eran apreciados de manera utilitarista y práctica para dar sustento y estabilidad a la sociedad que había sido víctima durante muchos años de

---

<sup>32</sup> José Aricó y Jorge Tula. *Diccionario de política*, decimocuarta edición, México, Siglo XXI, 2005, p. 202-203.

<sup>33</sup> Manuel Ceballos Ramírez, *El catolicismo social: un tercero en discordia*, México, COLMEX, 1991, p. 45

<sup>34</sup> Jorge Addame, *Op. Cit.*, p. 60

enfrentamiento y diversos cambios estructurales. Los católicos conservadores mexicanos criticaron duramente a esta nueva forma de catolicismo, pues ya hacían demasiado aceptando las leyes liberales, y aceptar un sistema “alternativo” iba en contra de su conciencia de católicos:

Dicen que queremos expulsar al dios católico: yo sé, mejor dicho, siento que hay un dios; los clérigos fueron los que nos ponían al dios de España, haciendo Concordatos y transando regateos indignos con los bienes de la Iglesia; y al Dios de México, lanzándonos anatemas, intransigente e iracundo [...] Se dice que el tiempo del clero ha pasado ya [...] ¿en dónde? ¿para qué? [...] No parece ya el fraile que sobre las ruinas del templo del ídolo levantaba el templo del Dios de bondad.<sup>35</sup>

El catolicismo liberal insistía que había que separar los principios políticos y los religiosos, el Estado laico y la Iglesia. Los “utópicos” aceptaban al Santo Padre como líder en materia religiosa, y a la Constitución en materia política. Dios deja muy claro en las Sagradas Escrituras que no acepta “tibios”, es decir, están con Dios o contra él: no hay puntos medios; lamentablemente, el catolicismo liberal fue considerado como el punto medio, por ello que a los católicos liberales los consideraban enemigos de la iglesia; en muchos casos tuvieron que elegir entre sus creencias religiosas y su postura política:

El liberalismo es un sistema o conjunto de doctrinas que la iglesia ha condenado [por ello] no es posible conciliar el catolicismo con el liberalismo ¿Es posible un círculo cuadrado? Pues no es menos absurdo el sistema llamado liberal católico o catolicismo liberal puesto que con él se afirma y niega al mismo tiempo la enseñanza católica. Quien no está con la iglesia está contra la iglesia.<sup>36</sup>

<sup>35</sup> Guillermo Prieto, “Intervención en el debate sobre los derechos políticos del clero en el Congreso el 18 de noviembre de 1870”, *Obras Completas IX. Discursos parlamentarios y cívicos*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994, p. 161

<sup>36</sup> “¿Es lícito ser católico y profesar el liberalismo?” en *La idea católica*, 6 de octubre de 1872.; citado en, Alicia Villaneda, *Op. Cit.*, p. 30

### *Masonería<sup>37</sup>, espiritismo y metafísica*

En México la presencia de la masonería se ubica a principios del siglo XIX con la guerra de Independencia. Las logias que vinieron al país fueron la escocesa (mexicanos) y la yorkina (norteamericanos). Las tropas que vinieron a proteger al país en 1806 contra la invasión inglesa, pertenecían al rito escocés y eran de tendencia liberal, sostenían un movimiento constitucional y la reforma clerical; además, el último virrey español, Juan O'Donoju, fue un gran impulsor de la masonería al fundar nuevas logias y fortalecer las existentes.

La masonería se expandió rápidamente durante el siglo XIX por dos razones; la primera fue la falta de la iglesia al “no acudir como una base para rechazar a la masonería, [y en segundo] el fuerte impulso por parte de los liberales por encontrar una estructura que pudiera competir con el poder e influencia de la iglesia católica romana”.<sup>38</sup>

La masonería preocupaba a los católicos, sobre todo porque las acciones de los masones se enfocaban en el ámbito político y social; además, les imputaban inspiración diabólica que iba en contra del espíritu cristiano:

Dicen que su secta infernal es una asociación que nada tiene que ver con la política, ni mucho menos con la religión [...] últimamente la masonería disidente de México, la que hace la guerra oficial, ha hecho una preciosa revelación: <<Nosotros no queremos, lo hemos proclamado desde un principio que la francmasonería sea una fuerza social al servicio del gobierno; queremos que el gobierno sea una fuerza política al servicio de la francmasonería>><sup>39</sup>.

<sup>37</sup> Nicole Girón, en su ensayo titulado “Altamirano en Cuautla”, menciona que en diversos textos del Maestro hay ciertos aires propios de la masonería como el origen divino de la libertad, los conceptos de fraternidad y unión, rechazo de los privilegios, libertades individuales.

<sup>38</sup> Frahm, Sally. “La cruz y el comás: la religión cívica de Benito Juárez”. En [http://www.crossandcompass.com/sp\\_trans\\_juarez.pdf](http://www.crossandcompass.com/sp_trans_juarez.pdf)

<sup>39</sup> Alicia Villaneda, *Op. Cit.*, p. 339

El espiritismo es una doctrina que sustenta que los seres vivos pueden comunicarse con los espíritus muertos, esta creencia chocaba con los dogmas católicos y por ello, la consideraban una herejía. La asociación de liberales y espiritistas era una inconsistencia más de los primeros:

Actualmente hay muchos liberales que creen ciegamente en la superstición espiritista. Para ellos la reencarnación de los muertos, la evocación de los espíritus son verdades de a folio [...] esos fenómenos son más frecuentes en los lugares en que menos impera la fe católica. En términos generales, la superstición que venció y enterró el cristianismo, nos la presentan hoy resucitada los liberales que se dicen enemigos de toda superstición.<sup>40</sup>

La metafísica explica los fenómenos mediante categorías filosóficas abstractas incluyendo la igualdad de las personas o la soberanía popular. Para explicar la esencia de las cosas recurren a entidades abstractas como la ontología.

Como se vio anteriormente, al consumarse la Independencia de México, el control que durante tres siglos había ejercido España se suspendió, y originó una relación complicada entre el Estado y la Iglesia que se agravó cuando las Leyes de Reforma separaron definitivamente al gobierno de la institución católica. Estos cambios trajeron una evolución, que implicó una crisis en las ideas y costumbres del pueblo, pues el pensamiento mexicano perdía poco a poco aquella invariable unidad de creencia religiosa. Para recuperar esa unidad, la obra de Altamirano comenzó a construir una idea o a sembrar una semilla conciliadora en sus escritos: discursos, crónicas y artículos que se estudiará en el capítulo siguiente.

---

<sup>40</sup> Alicia Villaneda, *Op. Cit.*, p. 340

## II. LA CONSTRUCCIÓN DE LAS IDEAS

El objetivo de este capítulo es estudiar la manera en que se va entrelazando el catolicismo con el liberalismo en discursos, crónicas y artículos de Altamirano; se encuentra dividido en subtemas para un mejor análisis de los textos y con el fin de ubicar la semilla que el Altamirano fue regando en cada uno de sus escritos hasta llegar al catolicismo liberal.

La meta para los hombres de la Reforma no consideraba destruir la fe sino, perfeccionarla, aclararla. Por otra parte, en todos ellos fue unánime el deseo de privar a la Iglesia de su fuerza material, política y económica. La Iglesia representó al adversario principal de los liberales, pero mejor que decir la Iglesia, debemos referirnos al clericalismo. Para los liberales, el clericalismo no se identificaba con el catolicismo, pues ellos también eran católicos. Combatían al clericalismo como institución social, como una deformación eclesiástica, como un vicio del catolicismo.

De esa lucha, los liberales no enjuiciaban la creencia católica-dogmática, sino la acción social de la Iglesia encarnada en su clero y secundada por los laicos adictos a ésta. De ahí que se distinguiera en el liberalismo la existencia de elementos no contaminados por el clericalismo, por ejemplo, los católicos liberales que eran considerados como aliados:

Pero ésta [la sociedad decimonónica] formada y nutrida con el espíritu cristiano, apostólico, romano, extendida por las misiones puras y evangélicas a pesar de los horrores de la conquista, fue altamente benéfico y civilizador; pero luego que se pervirtió, luego que se convirtió en instrumento de explotación, luego que conservando las fórmulas de la esencia sirvió de disfraz y de pase para la codicia del dinero, para la ambición, para la influencia en el corazón de la familia,

entonces se convirtió la creencia en un envenenamiento social que aún atrasa, malea y corrompe hasta la médula los huesos de esta sociedad<sup>41</sup>.

La élite liberal no pretendía desaparecer la religión católica, procuraba hacerla comprensiva para que se adaptara a la modernidad y a los cambios que traía consigo la Reforma, por ejemplo, hacerla compatible con otros credos, pues se había proclamado a México como un país laico, sin una religión oficial y con libertad para que sus habitantes creyeran en lo que quisieran. Los ideales que este grupo liberal tenía eran: “Catolicismo apotestado, desclerizado, apolítico, para uso doméstico; liberalismo sin libertinaje para la vida pública, y ciencia, cimiento del progreso material para el trabajo. Esto es: religión liberalizada, libertad para la controversia política y educación científica universal, y por el mismo, obligatoria y gratuita”.<sup>42</sup> Lo anterior pretendía cumplir con los puntos más importantes de las Leyes de Reforma: renovar en el ámbito político, social, económico y cultural. Compartía esta postura Ignacio Manuel Altamirano, porque él no luchaba contra la doctrina cristiana, sino contra un poder eclesiástico conservador.

En efecto, aquella generación de la Reforma, esperaba conciliar al liberalismo con el catolicismo; sin embargo, la fuerza de las situaciones deshizo esa posibilidad, circunstancias internas y externas mezcladas dieron otro sesgo a ese propósito. La economía, las fuerzas sociales en movimiento, la política convulsionada, los intereses exteriores, todo contribuyó a obstaculizar ese anhelo.

Durante el siglo XIX, el periodismo se ocupó de difundir posturas políticas, crónicas, quejas, poesía, cuentos, novelas y artículos; de igual forma, fue el espacio por

---

<sup>41</sup> Carlos Monsiváis, *Las herencias ocultas de la Reforma liberal del siglo XIX*, México, Editorial Debate, 2006, p. 176

<sup>42</sup> Luis González, “El liberalismo triunfante”, en *Historia General de México*, México, COLMEX, 1981, p. 644

excelencia que formaba al lector, pues en un país sin un hábito generalizado de lectura, con un número de analfabetos considerable y con pocas librerías y bibliotecas públicas era complicado que la población leyera. La prensa se concentró en la difusión de las ideas. De ahí que Altamirano, convertido en el Maestro, consideró como una oportunidad enseñar al lector por medio de artículos, en los cuales, la ironía y el sarcasmo eran frecuentes al tratar temas como el amor al pueblo y a la patria, la justicia, la desigualdad, la educación, las supersticiones, sus ideas sobre el clero, religión y moral.

Sus textos son modelos de descripción y crítica de costumbres de la población urbana a mediados del siglo XIX: “Retrata con escrúpulos de miniaturista el vario mundo de los espectáculos, las fiestas profanas del carnaval y la cuaresma, las distracciones rijosas y báquicas del Día de Muertos con su plebeyo hálito pagano, los aniversarios patrióticos, el caliente sopor de los domingos capitalinos: lo más actuante y viviente de nuestras palpitaciones cotidianas”.<sup>43</sup>

El Maestro Altamirano buscaba un ambiente de cordialidad entre los grupos políticos del país. Así que encontró cierto equilibrio que superaba algunas de las diferencias por el bien de la República Restaurada, así que en el campo cultural su revista se percibía como un terreno neutral, pues mediante el desarrollo de una literatura nacional basada en los temas mexicanos y los problemas nacionales, se encontraría la posibilidad de unión entre conservadores y liberales:

Altamirano se impuso forjar una nación a partir de una literatura —que en él es también moral, política, economía y hasta religión—; crear una literatura nacional en un país que no tenía sino una minúscula población alfabetizada, y entre ella una microscópica porción de literatos empeñados en moldear, según sus inspiraciones europeas o

---

<sup>43</sup> Emmanuel Carballo, *Historia de las letras mexicanas del siglo XIX*, México, Universidad de Guadalajara/Xalli, 1991, p. 67.

norteamericanas, a millones de peones, indios o “plebe” [...] gracias a los liberales, y en la literatura gracias especialmente a Altamirano, la cultura nacional se fue volviendo menos “imposible” al paso de las generaciones.<sup>44</sup>

Al abordar todos estos temas, Altamirano evocaba a un “hombre nuevo”, como lo llama Carlos Monsiváis en su libro *Las herencias ocultas*, y como lo denominó también San Pablo en su Carta a los Efesios,<sup>45</sup> “esta invocación literaria es el ideal —de entrega y arrojo— que aparecerá en los relatos, se deja ver en las crónicas y llega a las versiones históricas de laicidad”.<sup>46</sup> Lo que Altamirano pretendía al evocar a este “hombre nuevo” en sus textos era enseñar al pueblo y a los políticos la manera en que se podía llevar a cabo esta “alianza”, esta construcción de lo que él deseaba, de la convivencia entre la Iglesia y el Estado en la vida cotidiana, sin poner etiquetas en cuestiones políticas; en suma, “deseaba la paz a los hombres de buena voluntad sin importar sus preferencias políticas o religiosas”.<sup>47</sup> De acuerdo con Carlos Monsiváis, la solución que Altamirano tenía era simple: “un cristianismo sin dogma y sin institucionalidad, apoyado en la instrucción universal”.<sup>48</sup>

Sin embargo, la crítica del Maestro no siempre fue bien recibida, pues para salvar el honor de la patria era necesario tener una mirada objetiva en todos sentidos, y si con ello criticaba al clero, las costumbres del pueblo mexicano y al gobierno libera, lo haría; pues su lealtad estaba con la patria, que era lo más importante ya que ante todo buscaba la verdad,

<sup>44</sup> José Joaquín Blanco, *Crónica literaria*, México, Cal y Arena, 1996, p. 42

<sup>45</sup> “Y vestir al nuevo hombre que es criado conforme a Dios en justicia y en santidad de verdad”, Carta a los Efesios, capítulo 4, versículo 24. Si este “hombre nuevo” renace, la “Nación Nueva” hará lo propio.

<sup>46</sup> Carlos Monsiváis, *Op. Cit.*, p. 207

<sup>47</sup> Gabriel Zaid, “La novela como villancico” en Ignacio Manuel Altamirano, *La Navidad en las montañas*; notas y comentarios de José Emilio Pacheco, José Luis Martínez y Gabriel Zaid, México, Editorial Jus, 1998, p. 2,

<sup>48</sup> Carlos Monsiváis, *Op. Cit.*, p. 25.

por ello analizó las situaciones por las que el país pasó después del triunfo liberal con un ánimo imparcial que dejaba la invitación al lector para reflexionar y con ello, aceptar un cambio.

Era natural lo que expresaba: “no podía escribir con mirada imparcial: una literatura de combate como la suya, se enfrentaba a cada asunto, en cada anécdota, en cada leyenda o personaje, en cada tradición o episodio, con una realidad que negaba sus legislaciones de apóstol liberal”.<sup>49</sup> Por lo anterior, surgen las siguientes preguntas: ¿Se puede analizar el liberalismo con el catolicismo, las tradiciones religiosas con las fiestas patrias?, ¿en qué creían y en que no los católicos liberales?

A lo largo del presente capítulo trataremos de dar respuesta a estas cuestiones. Comenzaremos con una posible respuesta que José Joaquín Blanco plantea en la “Introducción” de sus *Textos costumbristas*: “Altamirano es evasivo: equilibra su ateísmo europeo con sus nostalgias de la infancia, y el odio al alto clero de Iturbide con el ensueño del buen cura de aldea del romanticismo francés. Es evidente que creían en la moral cristiana como sostén de la persona, de la familia, del trabajo productivo, y aun del Estado”.<sup>50</sup>

### ***Anticlericalismo***

Para comprender cómo desarrolló Altamirano una postura religiosa es importante considerar la educación adquirida en el Instituto Literario del Estado de México, pues ahí recibió diversas influencias; la más significativa fue la del liberal Ignacio Ramírez, quien ya había escandalizado con su discurso de ingreso a la Academia de Letrán en 1837, al

<sup>49</sup> Joaquín Blanco, *Crónica literaria, Op. Cit.*, p. 41

<sup>50</sup> Ignacio Manuel Altamirano, *Obras Completas V. Textos costumbristas*, México, SEP, 1986 p.13

declarar que Dios no existía y todas las religiones eran falsas. De Ramírez aprendió a pensar con el corazón y a tener la cabeza fría.

Durante un tiempo, Altamirano tuvo una postura anticlerical tan radical como la de Ramírez, justo después de pronunciadas las Leyes de Reforma, por ejemplo, en su discurso “Contra la amnistía” del año 1861, pide la cabeza de los obispos, pues no había sido suficiente la separación Iglesia-Estado. La patria es primero, la amnistía no es justicia, las actitudes reaccionarias que debería tener el partido liberal a la hora de juzgar a estos canallas le parecen insuficientes: “Yo os ruego legisladores, que pongáis la mano en vuestro corazón, y que me digáis: ¿Podrá haber amistad sincera entre el partido liberal y el reaccionario? ¿Se unirán los hombres de siglo XV con los del siglo XIX? ¿Los hombres o las fieras? No: ellos o nosotros; no hay medio”.<sup>51</sup>

En el discurso “Independencia y Reforma”<sup>52</sup> de 1857, detalla la muerte de sus amigos del colegio en la “catástrofe de Tacubaya”, ellos fueron asesinados por las “fieras clericales”, que en algún momento “caerán de su pedestal”. Ese mismo clero que había dado dinero a Miramón y Zuolaga para sostener la guerra actual (Guerra de los tres años), ese mismo clero “excomulga a los jefes liberales, entusiasma al soldado ignorante, hace fusilar a los jóvenes de talento” y el día que el clero llegue al sur, “hará un charco de sangre y un montón de cenizas”.<sup>53</sup>

Luis González afirma que tanto letrados como soldados habían aprendido las creencias, la moral y la liturgia católica; estos liberales eran en mayor o menor grado “anticuras y proclamaban la independencia de los poderes civil y eclesiástico, [pero] en el

<sup>51</sup> “Contra la amnistía”, en Ignacio Manuel Altamirano, *Obras Completas I. Discursos y brindis*, edición, prólogo y notas de Agustín Yañez, SEP, México, 1994, p. 28

<sup>52</sup> *Ibid*, p. 42-49

<sup>53</sup> *Ibid*, p. 19

templo, a la hora de misa, sólo había una pequeña distinción de fidelidad entre liberales y conservadores”.<sup>54</sup>

Cabe destacar que los templos también fueron afectados por el poder del clero. En una crónica del Maestro, fechada el 13 de febrero de 1870, narra el mal gusto de los canónigos en la Catedral, la cual, no es únicamente un templo católico, sino un “gran monumento que honra el país” y que los liberales respetaron por ser “monumental y bello”; sin embargo, los señores canónigos disfrutaban “desnaturalizar todo, hasta la belleza del arte. A todo le ponen barniz, todo lo corrigen, lo adulteran y lo descomponen.”

La queja de Altamirano se debe a que la Catedral parece una pulquería, y porque los obispos aun no aceptan que estos edificios no son suyos, que son de la nación y no pueden hacer ese tipo de cambios a monumentos nacionales. Se deberían limitar a “decir allí sus misas, cantar sus vísperas y a pedir limosnas”.

Los escritos periodísticos de Altamirano se proponían educar, por eso su anticlericalismo no es tan radical como el de “El Nigromante”, de ahí que sólo se dedique a atacar a los malos curas, hasta entonces intocables, y prefiere denunciar sus decisiones absurdas, su mal gusto en materia de arte y su ignorancia, con lo cual queda totalmente justificado que entorpecían el progreso; además, critica algunas formas de las creencias religiosas, pero más que nada señala la “falsa fiebre religiosa” que la población decía sentir, la muestra como una máscara y se burla de ella.

En diversas crónicas menciona que “el clero era el señor absoluto de las conciencias y el gobierno”; sin embargo, los liberales eran “anticlericales por su apego al cristianismo primitivo, y fuera de Ramírez, los demás se declaran creyentes, y con gran frecuencia

---

<sup>54</sup> Luis González, “El liberalismo triunfante”, *Op. Cit.*, p. 639

guadalupanos, de modo que su laicidad radica en la separación de poderes”.<sup>55</sup> El clero se había corrompido a lo largo del tiempo, para el Maestro, los frailes que participaron en la Conquista defendían a los indígenas ante la “saña” de los conquistadores; estos virtuosos frailes hacían muestra del verdadero espíritu cristiano, la fraternidad y la caridad con la que enseñaban para que se integraran a la “civilización”; estos hermanos trajeron la ilustración, y fueron “los verdaderos héroes de la civilización latinoamericana”.<sup>56</sup>

Los liberales se habían alejado de la creencia católica-dogmática, pero respetaban los ritos y tradiciones siempre y cuando no fueran en contra de la razón. De ahí que, algunos liberales como Altamirano, distinguan la existencia de elementos no contaminados por el clericalismo, por ejemplo, a los “católicos liberales”, considerados como aliados.

Los abusos del clero, su avaricia y en algunas ocasiones el robo están presentes en las crónicas de la época: “sí consta que algún encumbrado magnate del clero se ha robado las alhajas, las piedras preciosas, y hasta las coronas de ciertas imágenes, para usarlas en provecho propio y aun para el adorno de su persona”.<sup>57</sup> Los liberales observarían el evangelio tal y como lo predicó Jesús —cristianismo primitivo— y no como lo enseña un sacerdocio lleno de ambición y de siniestras miras.<sup>58</sup>

El panorama de las creencias en 1870 que observa irónicamente Altamirano es el siguiente:

Pero vino el huracán maldito de la Reforma; no sé qué ministro, que ya la pagara en el infierno, mandó derribar los conventos, adjudicáronse a profanos las cosas de la Iglesia (aunque justo es confesar que no le ocurrió a ningún reformista adjudicarse las reliquias) y, lo que no puede decirse sin horror, los impíos pusieron sus sacrílegas manos aun sobre

<sup>55</sup> Carlos Monsiváis, *Op. Cit.*, p. 170

<sup>56</sup> Altamirano, “El señor del Sacromonte”, *OC V, Op. Cit.*, p. 29

<sup>57</sup> Altamirano., *OC VIII, Op. Cit* p. 226-227

<sup>58</sup> Altamirano., *OC I, Op. Cit.*, p. 20

las urnas benditas que contenían los sagrados restos para examinarlos. Pero entonces por un castigo divino, por un milagro patente, que sin embargo no logró convertir aquellos corazones endurecidos, muchas reliquias se volvieron de cartón y se aplastaron entre los dedos de los malvados profanadores. [...] hoy las reliquias yacen hinchadas en algunas iglesias, otras han desaparecido [...] hoy la gente llamada patriota, sólo respeta las reliquias de los héroes de la patria; y la gente llamada científica solo respeta los huesos del mastodonte y del megaterio [...] he aquí, pues, por cuál razón la antigua costumbre de visitar las iglesias el día de Todos Santos va dejando de subsistir.<sup>59</sup>

Durante la segunda mitad del siglo XIX, es difícil hallar espacios donde la moral católica se separe de la política eclesiástica, pues los conservadores y el clero ven como descristianización la mayoría de las empresas liberales, ven en la moral liberal una moral relajada que irá deformando el catolicismo hasta hacerlo libertinaje, que llevará inevitablemente a una pérdida de fe. Lo cierto es que para este tiempo, la religión es una mera costumbre, han desaparecido muchos conventos, los templos comienzan a perder su grandeza, y el amor a todos los ritos y actos sacros comienza a desaparecer y perder solemnidad y devoción: “La libertad ha modificado las costumbres y no por eso la moral pública ha perdido, así como antes nada ganaba con la represión y con la intolerancia”.<sup>60</sup>

### *Secularización*

Hay que reducir a la Iglesia a sus verdaderos y legítimos límites que son los de la conciencia, privándola de la capacidad de administrar sus bienes, decían “los anticuras”, quienes no se tocaron el corazón al promulgar, el 24 de junio de 1856 la Ley de desautorización de fincas rústicas y urbanas propiedad de corporaciones civiles y religiosas, también conocida como Ley de desautorización de bienes de manos muertas.

<sup>59</sup> Altamirano, *OCVII, Op. Cit.*, p. 535

<sup>60</sup> Altamirano, *OCVII, Op. Cit.*, p.212

La respuesta de los miembros de la iglesia no se hizo esperar, así que comenzaron con amenazar a las impías manos que se atrevieran a comprar bienes del Divino con la excomunión; la respuesta del gobierno ante tal ultimátum fue quitarle la administración de cementerios y traer el Registro Civil; en cuanto a la instrucción, lo primero es que deberá ser laica y gratuita; se eliminan fueros eclesiásticos, finalmente, se excluyen de los gabinetes gubernamentales a los clérigos. La Ley de nacionalización de los bienes eclesiásticos entró en vigor, junto con las Leyes de Reforma, el 12 de julio de 1859: “Entran al dominio de la nación todos los bienes que el clero secular y regular ha estado administrando con diversos títulos”<sup>61</sup>

Pero de todos estos actos tan simplemente antirreligiosos, ¿qué pasaría con la sociedad del siglo XIX, las verdaderas víctimas de este cambio? Eso se preguntaban los miembros del clero, preocupados, no porque sus templos, propiedades y riquezas en forma de joyas se vieran abducidos por la nueva administración: ¿el pueblo sería secularizado? La respuesta ante esta última interrogante era sencilla: Altamirano consideraba que la religión tenía a sus horas, a las bellezas de la capital les gustaba oír misa en la mañana, pero en la noche, “las hermosas penitentes” se habían olvidado de lo que les decía el sermón y ahora bailaban y le daban cuerda a la coquetería con los *pollos*, jóvenes de buenas familias.

La desamortización de los bienes eclesiales conllevó el desarrollo de una serie de conceptos que no tenían antecedentes en el país. Uno de estos conceptos fue la *democracia*. El proyecto de nación que propusieron los liberales dirigidos por Benito Juárez tenía como fundamento no sólo un proyecto económico liberal del desarrollo de la nación; también aspiraba hacer de México una república regida por la democracia, el nacimiento de la

---

<sup>61</sup> Carlos Monsiváis, *Op. Cit.*, p. 184

modernidad que traerían los liberales daría lugar a la consolidación de la nación. Pero había un gran problema: “Contra la democracia conspiraba la indiferencia del pueblo”.<sup>62</sup>

Un concepto relativamente novedoso que forma parte de esa secularización es el de la *tolerancia*. ¿Cómo se describirla? La tolerancia era fundamental, pues se vinculaba con la libertad de creencias. Los temas tabúes, temas prohibidos, de los que no se hablaba, pues se consideraban sacrílegos y desequilibrantes de una sociedad sin una religión oficial, como lo era nuestro país después de aprobadas las Leyes de Reforma. ¿Qué pasa cuando falta la práctica religiosa? De acuerdo con algunos conservadores y clérigos, la fiebre del suicidio, se debía a la falta de fe y de valores morales: “El suicidio está a la orden del día, y justamente en la época en que no debieran reinar sino la oración y la penitencia, en otros tiempos las gentes ayunaban en Cuaresma y se maceraban las carnes, limitándose a eso su mortificación corporal. Hoy se matan”.<sup>63</sup> Curiosa posición de Altamirano en esta crónica que muestra cómo el liberal creía en la espiritualidad y los beneficios de una conciencia cristiana.

El suicidio y sus causas fue un tema polémico en el México decimonónico<sup>64</sup>. En un apartado de la crónica que comenté se refiere al suicidio de los hermanos Favre, un joven y sus dos hermanas, murieron asfixiados. Y entre las posibles causas se encuentra, según Altamirano, la falta de las prácticas religiosas, pues el suicidio está más que penado por las leyes católicas; sin embargo, para el Maestro, esa no puede ser la causa, ya que no hay muchos liberales que se hayan suicidado, y además, una de las hermanas de nombre Elena, era religiosísima.

---

<sup>62</sup> Luis González, *Op. Cit.*, p. 645

<sup>63</sup> Altamirano, *OC VII, Op. Cit.* p. 76-77

<sup>64</sup> Véase al respecto del tema *El de los claveles dobles* de Ángel de Campo, estudio preliminar, compilación y edición de Miguel Ángel Castro Medina, México, UNAM, 2008, p. 15-17

¿Pero qué pasa cuando el suicidio es premeditado? ¿Cuándo el suicida es una persona moralmente notable? Pues bien, en un texto de Altamirano fechado el 18 de febrero de 1869, Altamirano dio la noticia del suicidio de Ernesto Masson, un escritor de notable talento; no era un hombre joven que se hubiera dejado llevar por sus pasiones para cometer un acto de tal naturaleza; este escritor era un hombre sesentón que planeó su muerte; la causa fue la miseria que lo perseguía desde hacía un tiempo; sin embargo, para Altamirano no era razón suficiente, ya que el difunto tenía hijas que bien hubieran podido ayudarle, así que “¿hay en el fondo otro secreto doloroso? ¡Quién sabe! [...] Descanse en paz el hombre honrado que no tuvo dicha sobre la tierra”.<sup>65</sup>

Pasado el suicidio de Masson, en la crónica del 27 de febrero de ese mismo año, Altamirano hace referencia a otros suicidios de tres señoritas que sí dejaron que las pasiones las dominaran y se quitaron la vida; la primera, con un disparo en la cabeza, destruyendo, además de su cerebro, el corazón de un joven; la segunda niña se envenenó porque vio en el suicidio “el único recurso” para no encontrarse a su ex novio nunca más: “a propósito de venenos, ¿saben ustedes que es digno de atención esto de que las muchachas puedan proporcionarse tósigos con tanta facilidad? ¿Dónde los compran y por qué se los facilitan?”<sup>66</sup>; la última en arrancarse la vida mediante el láudano, no fue una jovencita, sino una anciana de 65 años por razones desconocidas. Esta ola de suicidios que azotó a la ciudad de México espantó a los *pollos*, quienes comenzaron a temblar por la vida de sus amadas. Hablar así, sin tapujos sobre este tema era una muestra más de tolerancia y de secularidad.

---

<sup>65</sup> Altamirano, *OC VII, Op. Cit.*, p. 226-227

<sup>66</sup> Altamirano, *OC VII, Op. Cit.*, p. 234

El concepto de *Patria* se volvió esencial para que la secularización tuviera éxito: “Los liberales certifican a la patria con las victoriosas políticas y con los logros simbólicos, entre ellos las vidas de los que enfrentan la muerte con valor y dignidad, o los que crearon instituciones, o los que le dieron a su vida el carácter de testimonio de la solidaridad”.<sup>67</sup> Es justo rendir culto a los santos por su vida, así como a los héroes que dieron su vida para que el país obtuviera su libertad, por se vuelve imperativo incorporar lo “religioso a los sentimientos cívicos, aquellos por los cuales vale la pena morir y vale la pena seguir viviendo”.<sup>68</sup>

El Maestro dirigió un discurso a estudiantes condecorados del Colegio de Medicina y de la Normal el 19 de enero de 1881 en el estado de Puebla y a propósito de la patria argumentaba que:

Amar a la patria; ése debe ser el pedestal de bronce de todo altar que levante el trabajo; ésa debe ser la tierra en que se plante todo árbol que pueda fructificar para que sea fecundo. Sin el amor de la patria, la ciencia es estéril o la riqueza inútil, el genio mismo, como el Satán de la Biblia, se encuentra en el mal y no produce sino frutos que ocultan el veneno de la muerte bajo las formas engañosas del vigor, de la opulencia y del colorido. La patria estimula con la idea del honor las esperanzas del trabajo, infunde aliento en el pobre, anima al ignorante, ennoblece la fortuna del rico, y enciende su antorcha sagrada sobre la tumba del sabio. Por sí solas, las mezquinas aspiraciones del egoísmo no compensan los goces de esa armonía social que se llama patriotismo<sup>69</sup>.

En otro discurso del Maestro, explica lo necesario que es glorificar a los héroes:

Y si la iglesia cristiana viste de fiesta sus pontífices para celebrar el oficio de sus mártires, el pueblo debe vestir de gala a sus ciudadanos para celebrar la memoria de aquellos animosos confesores de la libertad, que supieron morir antes que renegar de su fe republicana; debe [...]

<sup>67</sup> Carlos Monsiváis, *Op. Cit.*, p. 323

<sup>68</sup> *Ibid*, p. 246

<sup>69</sup> Altamirano, *OC I, Op. Cit.*, p. 215

verter, pero no las lágrimas de duelo y de la desesperación, sino las del orgullo satisfecho, las del entusiasmo, las del fanatismo por la patria<sup>70</sup>.

Probablemente, doña Margarita Maza no fue una heroína como tal, pero para Altamirano, “era la personificación de las virtudes cristianas y de las virtudes patrióticas”; a su muerte, rinde un homenaje a su persona, pero también aprovecha para hacer una crítica al clero por no hacer mención o una “demostración de duelo”, siendo que ellos, ante la muerte de cualquier canónigo hacían un “ruido escandaloso”; sin embargo, para los católicos liberales como él, lo que dijera o pudiera hacer el clero no tenía importancia ante Dios que todo lo ve:

Por lo demás, ¿para qué sirven esas preces en latín detestable, esa canturía desapacible que recuerda los gemidos mercenarios de las plañideras romanas, y ese doble que fastidia por lo impertinente y por lo inútil? ¿Qué tienen que hacer esos hombres negros antipáticos, cargaos por el peso de sus propias culpas, junto a la tumba sagrada de las personas virtuosas?<sup>71</sup>

Un gran problema de secularizar un país tan devoto como México, era la libertad de cultos; el alto clero se quejaba de esta situación, pues temían que “entraran” ciertos demonios que harían que la población se perdiera, ya no habría moral y la gente caería en vicios y se daría de lleno al libertinaje; por ejemplo, en un viernes Santo, es de imaginar que la gente esté vestida de negro para darle el pésame a la Virgen. Error; después de 1867 la gente se la pasaba en el Zócalo y en los cafés sin acordarse de que Nuestro Jesucristo padeció estos días santos, pues “esta católica costumbre va borrándose también, gracias al corruptor espíritu moderno” y lo único que es santo, es la indiferencia.

<sup>70</sup> Altamirano, *OC VII, Op. Cit.*, p. 154-157.

<sup>71</sup> Ignacio Manuel Altamirano, *OCVII, Op. cit.*, p. 24-25

La libertad de imprenta adquirió mucha importancia durante la gestión liberal; esta “institución odiosa del partido liberal, pero de la que se aprovecha más que ningún el partido conservador”<sup>72</sup>. Un ejemplo es la *La Voz de México*, órgano de la Sociedad Católica; pues este periódico entabló varias polémicas con las opiniones de Altamirano y otros liberales, un ejemplo de ello fueron sus dimes y diretes respecto al robo de *Corpus Christi*, el ladrón pertenecía la élite conservadora, de las “altísimas regiones de luz y de verdad”. A la *Voz* le hubiera agradado que el Maestro no contara todo el robo con lujo en los detalles y lo critica por ello; sin embargo, él responde que divulgar es la labor de un cronista.

### ***Concordia: Veladas y El Renacimiento***

En esta etapa de la vida del Maestro Altamirano —después de 1867—, se descubre su espíritu conciliador, flexible, y va de la mano con un periodo de paz; la postura radical en la que pedía la cabeza de los curas había quedado en el pasado, y de esta manera se lo dice al joven Juan de Dios Peza: “Ahora sí, hijo mío, a estudiar mucho y a escribir su miedo; ha renacido la literatura nacional, y hay que cantar a la patria libre y unida”.<sup>73</sup> Ahora hay que perdonar, olvidar y conciliar a todos los ciudadanos, sean conservadores o liberales, católicos o ateos: el patriotismo y la nación demandan una armonía social que vendrá en forma de un *Renacimiento*.

Como antecedente de *El Renacimiento* es necesario hacer alusión a las reuniones convocadas por José Tomás de Cuellar y otros personajes, que en palabras de Huberto Batis, era una de “esas raras aves que vivieron en el limbo de la literatura en plenas

<sup>72</sup> Altamirano, *OCVII, Op. Cit.*, p. 224- 225

<sup>73</sup> *Ibid*, p. 111

discordias políticas liberales”;<sup>74</sup> Cuéllar hacía teatro combativo durante el Imperio de Maximiliano, posteriormente intentó sin mucho éxito convocar a algunos escritores para fundar un periódico; sin embargo, al no ser tan reconocido y movido por el menosprecio, decidió emigrar a San Luis Potosí, donde fundó *La Ilustración Potosina*.<sup>75</sup>

Tiempo después, Altamirano acudió a una reunión de escritores organizada por Cuéllar, en este contexto, en 1868 decidió organizar “veladas literarias” a las que asistieron escritores de las diferentes tendencias políticas, por ejemplo, liberales radicales como Ignacio Ramírez y Guillermo Prieto, y conservadores como Ignacio Montes de Oca (obispo), Rafael Roa Bárcena, José Sebastián Segura, entre otros. Manuel Payno intentó atribuirse el mérito del movimiento “renacentista cultural”, pues él tenía la idea de formar una sociedad de escritores en toda norma, es decir, con un reglamento, la respuesta de Guillermo Prieto, miembro de esta sociedad, no se hizo esperar: “Las Veladas Literarias ni tienen mandarines, ni se sujetan a reglamento alguno, ni solicitan protección de nadie, ni la necesitan. Ofrecer hospitalidad al talento que vaga despreciado por las calles, y hacerle entender que hay un lugar en que se le admira y se le respeta, preséntese con una lira en la mano, o con un compás o una esfera”.<sup>76</sup>

A mediados del año 1868, estas reuniones se interrumpieron, pero el ambiente tan armónico y sincero que surgió en estas veladas, dio lugar a la revista, antes el *Semanario*

---

<sup>74</sup> Huberto Batis, “Introducción al Renacimiento”, Ignacio Manuel Altamirano, *El Renacimiento*, edición facsimilar, México, UNAM, 1979, p. VIII

<sup>75</sup> Altamirano hace alusión a esta nueva publicación en una crónica del día 9 de octubre de 1869, publicada por primera vez en *El Renacimiento*; en Ignacio Manuel Altamirano, *Obras completas*, Volumen 7, Parte 1, SEP, México, 1987, pp. 465-473.

<sup>76</sup> Huberto Batis, *Op. Cit.*, p. X

*Ilustrado* en 1868 y luego a *El Renacimiento*, que continuó la línea conciliadora desde el día 2 de enero de 1869.<sup>77</sup>

En su portada aparecía la imagen de un ave fénix de las letras renaciendo de las cenizas. Altamirano aparecía como director, Gonzalo Esteva como editor, y los redactores responsables era Ignacio Ramírez, Guillermo Prieto, Justo Sierra, José Sebastián Segura, Manuel Pereda. Entre los muchos colaboradores resaltan Manuel Payno, Luis G. Ortiz, Vicente Riva Palacio, Aniceto Ortega, Niceto de Zamacois, José T. de Cuéllar, Santiago Sierra, Francisco Sosa y José María Vigil, por sólo citar a unos cuantos.

Se eligió la imprenta de Francisco Díaz de León y de Santiago White, muy famosa por aquellos tiempos, cuyo taller estaba situado en la Monterilla, número 12. En el primer número colaboraron 62 escritores; en el segundo, además de la inclusión de Pimentel y de Orozco y Berra en la redacción, se llegó a los 70.

La labor de Altamirano y de los hombres que escribieron en *El Renacimiento* es encomiable y cobra notoriedad si se considera que se enfrentaron a un pueblo que acababa de salir de la guerra y se convertía en una República. Huberto Batis, en la presentación de la edición facsimilar de *El Renacimiento* que hizo la UNAM en 1979 dice:

Al dirigir Altamirano *El Renacimiento* enseñó cómo puede hacerse que los individuos más dispares fecunden sus impulsos para el bien común. Conforme al axioma de Renán él pudo 'agenciarse la libertad necesaria' para que triunfara su vocación de Maestro y logró que su capacidad de director encontrara colaboración. El pueblo, a su vez, a medida que era educado acudió a la experiencia, a la madurez, a la cultura y a la independencia de tales hombres y quiso contar con ellos.<sup>78</sup>

<sup>77</sup> En una crónica del 30 de enero de 1869, Altamirano menciona que la publicación ha sido un éxito, cada día llegan nuevos suscriptores; además, se congratula de las nuevas “adquisiciones” en forma de redactores: don Francisco Pimentel, cuya primera publicación en esta revista fue un estudio sobre algunos dialectos del país; otro colaborador es un “sabio profesor” de nombre Oloardo Hassey, quien tiene estudios en lenguas orientales y prestará sus servicios con un artículo sobre el alfabeto.

<sup>78</sup> Huberto Batis, *Op. Cit.*, p. XXIII

Fiel a su programa de abstenerse y deslindar lo cultural y lo político, Altamirano cuidó que su revista no se mezclara en la política opositora y que no se mostrara tendenciosa o interesada, lo que en tiempos como aquellos constituía un verdadero milagro. Así que esta publicación mantuvo la promesa de respeto a las ideas de cada uno y cumplió con el renacimiento cultural que ya anunciaba en su proyecto el Maestro Altamirano; concedió una especial importancia a la escritura de cuentos y novelas, los cuales usó como un apoyo para la conformación nacional, en los que se planteaban los problemas del país y las posibles soluciones; sin embargo, la publicación no era especializada en literatura, en los dos tomos que componen la revista los temas fueron variados. Huberto Batis la define como una revista: “literario-cultural, miscelánea y didáctica, en cuanto que incluía ficción y poesía e informaba de cuestiones de crítica, historia, arqueología, pintura, música, teatro y ediciones. El resultado fue una crónica, un espejo del panorama cultural, un registro de las producciones más notables en los géneros mencionados”.<sup>79</sup>

Los fundadores hicieron un llamado “a los amantes de las bellas letras de todas las comuniones políticas”, con el fin de disipar los resentimientos de “los hijos de la madre en común” para un bien mayor: representar a la República Restaurada con lo mejor de ella, con ideas progresistas y las promesas que trajo la Constitución de 1857: igualdad, libertad y fraternidad en todos los aspectos. De ahí que Altamirano y todas las personas que colaboraron en esta publicación, recogieran costumbres, opiniones y creencias en común para conseguir la conciliación que llevaría a la unión tan ansiada y anunciada.

En 1870, Altamirano colaboró en *El Libre Pensador*, publicación de la Sociedad de Libre Pensadores de México, agrupación nacida el 5 de mayo de 1870 después del triunfo

---

<sup>79</sup> Huberto Batis, *Op. Cit.*, p. XI

contra el ejército francés. Como su primer presidente, Altamirano, en su discurso de inauguración admitía que el fin de la publicación de la sociedad sería “sustituir la moral pura a las groserías prácticas de un culto que no puede estar conforme con la razón; proclamar la doctrina de Jesús, ese libre pensador de los antiguos tiempos, doctrina que condenaba el comercio sacerdotal, he ahí nuestro objetivo”.<sup>80</sup>

### *Educación y Positivismo*

Un antecedente que permite comprender lo que significaron las Leyes de Reforma en la educación mexicana fue la última ley educativa, promulgada en 1853, que obligaba, durante media hora de cada mañana y de cada tarde, a los alumnos de las escuelas primarias a aprenderse de memoria el catecismo del Padre Ripalda, pues las lecciones de este jesuita se consideraban fundamentales para todo niño. Los castigos eran mayores por no saber este catecismo que por equivocarse o no reconocer letras:

¡El catecismo del padre Ripalda! ¿Quién en México no conoce al padre Ripalda? ¿Y quién que tenga en algo a la razón y a la libertad, no detesta ese monstruoso código de inmoralidad, de fanatismo, de estupidez, que semejante a una serpiente venenosa se enreda en el corazón de la juventud para devorarlo lentamente? Y no sé cómo todavía las prensas de un pueblo republicano y culto se ocupan en multiplicar los ejemplares de este librito odioso, que siembra en nuestras clases atrasadas principios de tiranía y de superstición incompatibles con nuestras instituciones y enemigos de la dignidad humana.<sup>81</sup>

El artículo 3º, educativo por excelencia, cambiaría drásticamente, la educación quedaría en manos del Estado y la religión no sería más una materia obligatoria. Los liberales ya no permitirían que el clero siguiera deformando las mentes jóvenes en contra de la República

<sup>80</sup> Citado en *El Libre Pensador*, Imprenta de José Bastiza, México, 1870, p. 20-21. Tomado de Manuel Sol, “*La Navidad en las montañas* o la utopía de la hermandad entre liberales y conservadores”; en *La palabra y el hombre*, abril-junio 1999, número 110, p. 79

<sup>81</sup> *El Federalista*, 30 de enero de 1871, citada en Carlos Monsiváis, *Op. Cit.*, p. 169

naciente, ni de los postulados de ésta. Sin embargo, “el enemigo”, disfrazado de clero, juró lo opuesto, según ellos: salvaguardar las mentes jóvenes contra el libertinaje, la modernidad y la inmoralidad que estos anticristos, en forma de gobernantes, traían consigo.

La educación había sido impartida por miembros del clero, con lo que la formación del pensamiento social, económico, político y científico de las nuevas generaciones estaba modelada por las autoridades eclesiales:

Muchos principios morales han sido opacados, disminuidos en su importancia y hasta anulados por una humanidad racionalista, materialista y acomodaticia. Otros han sustituido la doctrina de Cristo por falsas ideologías, llevados por el escepticismo, ignorantes de toda religión por falsos líderes y profetas de un sinnúmero de sectas. Por un lado tenemos la religión “madre de la resignación y la esperanza”, por el otro lado, la ciencia, “madre de la reflexión y la serenidad.”<sup>82</sup>

Los cambios tan drásticos que proponían personajes como Ignacio Ramírez, como Ministro de Instrucción Pública, eran rechazados y satanizados. Entre las modificaciones que proponía estaba sustituir la doctrina cristiana por clases de moral, estableciendo el primer paso: reconocer que hay una moral que no es exclusivamente católica; en esta “nueva moral” imperaba una visión occidental, en la que se debía buscar el bien común con el único fin de solidaridad social, sin que estuviera de por medio una recompensa eterna o un castigo por parte del Altísimo. Carlos Monsiváis menciona que “falta por reconocerles a los liberales los espacios donde la moral cristiana se separe de la política eclesiástica, y el anticlericalismo complemente el cristianismo que ellos pregonan”.

El médico Gabino Barreda había estado en París escuchando conferencias del positivismo, cuyos planteamientos trajo a México. Del lema de Auguste Comte: “el amor por principio, el orden por base, el progreso por fin”, para el caso mexicano, se adoptaron

---

<sup>82</sup> Altamirano, *OCI, Op. Cit.*, p. 202

las palabras *orden y progreso*, pues sí se podría *ordenar* el pensamiento, evitar las discordias, los levantamientos y las guerras civiles, cuando todos estuvieran de acuerdo con las reformas del nuevo gobierno y en formar una sociedad moderna y racional, el país podría entrar en un época de paz y *progreso*. Frente a la ignorancia del pueblo y la amenaza latente representada por la educación clerical, se optó por la instrucción pública, la cual estaría comprometida con el progreso nacional.

El 2 de diciembre de 1867, después del triunfo de la República, una comisión presidida por Gabino Barreda redactó la Ley Orgánica de Instrucción bajo el lema “difundir la ilustración en el pueblo es el medio más seguro y eficaz de moralizarlo”. El cambio que trajo el gobierno liberal fue la instrucción primaria gratuita y obligatoria, la “ilustración” tanto para pobres como para ricos.

El plan de estudios de 1867 contemplaba escuelas profesionales y carreras cortas, un cuerpo de científicos aconsejaría al gobierno en sus políticas, una Academia de Ciencias y Literatura que promovería adelantos en estos ramos, se estableció la Escuela Nacional Preparatoria, símbolo del positivismo. El clero no tardó en condenar esta “nueva educación”:

El clero conoció que aquel nuevo plantel de educación donde no se ponían trabas a la inteligencia para descubrir la verdad, sería [...] la ruina de su poder basado sobre el error y las preocupaciones; llamaban al Instituto *casa de prostitución* y los catedráticos y discípulos, *herejes y libertinos*. [...] los pocos alumnos éramos mal vistos y excomulgados por la inmensa mayoría fanática de aquella desgraciada sociedad.<sup>83</sup>

---

<sup>83</sup> Carlos Monsiváis, *Op. Cit*, p. 168-169.

El positivismo se adaptó prodigiosamente tanto, que se volvió nacionalista, exaltaba la patria y a sus héroes; y en un momento dado en la Escuela Nacional Preparatoria se reintrodujo el curso de metafísica.

Estos cambios tan radicales que trajeron los liberales a la educación, comenzaron con una fe enorme en el poder “redentor” que traería la educación impartida por maestros de escuela iluminada por el positivismo, que haría posible que la población mexicana figurara en “el concurso de las naciones civilizadas”. La educación fomentaría la moralidad, el orden y el progreso, pero la realidad era otra, por la falta de equilibrio entre las regiones del país, y diferencias de las clases sociales, nunca se logró alcanzar el objetivo, pues apenas unos cuantos indígenas llegaron a sobresalir en las esferas sociales.

La instrucción básica fue un tema recurrente en las crónicas de Altamirano, para él era el sol que iluminaría todos los rincones, ya que la educación prometía el progreso, la paz y el trabajo; en sus alcances estaban fincadas las esperanzas del gobierno liberal, la educación borraría los fantasmas de la miseria, y se acabaría con una época oscurantista de la que muchos se habían aprovechado para dejar aún más atrás al pueblo mexicano, sumido en la ignorancia, esclavizado y sumiso.

En esta segunda mitad del siglo XIX, los verdaderos patriotas iban a hacer ese sueño realidad: procurar la propagación de la educación al pueblo mexicano, la cual es base de civilización y libertad: “El año 1868 será siempre de tierna y feliz recordación por el eficaz empeño que han mostrado tanto las autoridades como los particulares en trabajar por la enseñanza”.<sup>84</sup>

---

<sup>84</sup> Altamirano, *OC VII, Op. Cit.*, p. 186

A pesar de los fracasos, constantes reformas, leyes y reglamentos que no se llevaron a cabo, hubo para finales de siglo mayores opciones educativas, y para una minoría, una puerta abierta al conocimiento universal: las sombras que nublaban las conciencias de los niños serían iluminados por las escuelas oficiales y por la educación laica gracias a la Reforma que aseguraba la educación y, en palabras de Guillermo Prieto; “la ley con profunda sabiduría tiene prohibida la enseñanza del dogma religioso, encomendándolo a los padres de familia”.<sup>85</sup>

### *Costumbres*

El cuadro de costumbres fue un género periodístico muy difundido durante el siglo XIX; en estos artículos se detallan las situaciones comunes, lo propio, se recrean esos ambientes que hicieron sentir a la población de mediados de siglo como en casa después de once años de continuas pugnas. En estos escenarios cotidianos se describen las tradiciones, la moda, la moral, los chismes, las diferentes tipos de personas —el lépero, la suegra, el peleonero, la mustia, la chismosa, el pobre honrado, el ladrón devoto— que forman parte del México decimonónico, personajes entrañables y originales que pueden ser cualquiera: el vecino, la suegra, la mamá, el novio, la abuela, el hijo. Y así lo expresó Francisco Zarco:

Y entiéndase bien no hay adelanto físico, moral, intelectual, político, económico, social, que no haya venido en guerra abierta con la *costumbre*. El arado, la vida social, el matrimonio, el libre examen, las ciencias todas, la libertad política, el comercio, la industria, el vapor, el ferrocarril, el telégrafo, la imprenta [...] todo lo bello, ha sido triunfo del progreso sobre la *costumbre*.<sup>86</sup>

En las crónicas de liberales y conservadores hay puntos de encuentro en los temas que se refieren a las costumbres; por ejemplo, educación, formación religiosa, autoridad patriarcal;

<sup>85</sup> Carlos Monsiváis, *Op. Cit.*, p. 176

<sup>86</sup> Carlos Monsiváis, *Op. Cit.*, p. 33

sin embargo, difieren los enfoques porque los liberales, en los temas de los votos monásticos, exaltan las libertades individuales, contraponen al maestro de escuela con el cura, es decir, describen los viejos hábitos para formar nuevos que lleven al progreso.

Según Carlos Monsiváis, el escritor de la crónica de costumbres es “moralista por razón de oficio, el costumbrista castiga riéndose”, se queja del despilfarro, la ostentación, la deshonestidad, el robo, en fin, de todo lo que aleja a la República naciente “del concierto de las naciones civilizadas”.

En muchos de sus textos, Altamirano habla del catolicismo del pueblo y de las costumbres religiosas que se tenían en algunas fiestas patronales; según Emmanuel Carballo:

En la crónica semanal vemos una historia menuda de los tiempos de la República Restaurada [...] retrata con escrúpulos de miniaturista el vario mundo de los espectáculos, las fiestas profanas del carnaval y la cuaresma, las distracciones rijosas y báquicas del Día de Muertos con su plebeyo hábito pagano, los aniversarios patrióticos, el caliente sopor de los domingos capitalinos: lo más actuante y viviente de nuestras palpitaciones cotidianas”.<sup>87</sup>

Altamirano narra diversas fiestas religiosas de Tixtla, Guerrero, su pueblo natal, en las cuales recuerda su infancia, desde un punto de vista crítico. En su colección de artículos, crónicas y ensayos periodísticos de titulada *Paisajes y leyendas. Tradiciones costumbres de México*,<sup>88</sup> describe las celebraciones de su pueblo, el ferrocarril, el comercio y las procesiones y también lugares no muy frecuentados; de igual manera, nos entera de muchas tradiciones como la del 12 de diciembre, el Día de muertos, la Semana santa: todo es parte

<sup>87</sup> Carballo, *Op. Cit.*, p. 234

<sup>88</sup> La primera edición de este libro salió en 1884 en la imprenta y litografía española. Posteriormente, cuando la SEP editó las *Obras Completas* del Maestro, el nombre cambió a *Textos costumbristas* con la edición y prólogo a cargo de José Joaquín Blanco.

de lo que es México y la patria, la Virgen de Guadalupe, el ferrocarril, las flores en día de Todos Santos, y el paisaje que sirve de telón de fondo como el templo del Señor del Sacromonte,<sup>89</sup> ubicado en Amecameca se encuentra rodeado de un “bellísimo cerro”, además “una cosa moderna se levanta ahí [...] es el ferrocarril”. En estos relatos se observa el desarrollo de la narrativa de Altamirano que tiene toques irónicos, el tono moralizante, acompañado siempre de dilatadas descripciones del paisaje.

Las fiestas tienen su lado bueno, José Joaquín Blanco observa las celebraciones “ayudan al comercio entre los pueblos, divierten a los niños, permiten lujurias y borracheras [...] contribuyen al trato y a la unión entre los miembros de las diversas comunidades”.<sup>90</sup> No obstante, la embriaguez tiene consecuencias en el afán de “santificar las fiestas”, pues las riñas, el robo, los asesinatos y “el idiotismo”, como lo llama el Maestro, son males que acaban con el borracho y su familia, pero el pueblo “poco inclinado aún al trabajo [...] no puede menos que resentir doblemente los peligrosos efectos de este vicio”. Altamirano agregaba que las estadísticas del alcoholismo aún no llegaban a cifras alarmantes, confiaba que con una “sabia previsión”, se evitaría el desarrollo de éstos males.<sup>91</sup> En la crónica dedicada al domingo, Altamirano narra cómo están las calles llenas de gente, las iglesias hasta el tope de personas que parecen olvidarse de sus problemas, y se entregan a la fiesta tan esperada después de seis días de arduo trabajo: “México es encantador los domingos [...]. Allí está el corazón, el foco de la belleza, del lujo y del buen gusto”. Y vemos al demonio del lujo andar sobre la “nata hermosura de las mexicanas” con

---

<sup>89</sup> Altamirano, *OC V, Op. Cit.*, p. 23

<sup>90</sup> Altamirano, *OC V, Op. Cit.*, p. 44.

<sup>91</sup> Altamirano, *OC VII, Op. Cit.*, p. 180-181

sus elegantes vestuarios en toda su ostentación; y así, nos dice el Maestro, “ni se siente el tiempo cuando se deleitan los ojos”.<sup>92</sup>

¿Qué sucede en la fiesta de Todos Santos en México? Pues bien, los habitantes visitan las iglesias, pero ya no por un “sentimiento piadoso”, más bien los hombres van por ver mujeres y las mujeres por ser vistas”; también se observan las tendencias en cuanto a la moda, joyas y vestidos, probablemente el sacerdote suspire ante tal muestra de vanidad y lujo, pero para Dios, estas “niñerías” le son indiferentes. Esta fiesta trae a colación la desigualdad que había, en cosas tan simples como el adorno de un sepulcro lleno de coronas de flores y de cirios; para Altamirano todo lo que se gasta es exagerado y derroche para hacer la desigualdad más evidente, y lo que no saben estos “parientes orgullosos”, es que para el Divino “no hay jerarquías”: ante Él todos somos iguales.<sup>93</sup> Esta costumbre, religiosa y sentimental, estaba perdiendo esos valores, la vanidad y el lujo, y no la ilustración y los liberales, le restaban la importancia que tenía esta fecha.<sup>94</sup> “¡El poder! ¡La ambición! [...] ¿qué es el poder ante esta gran niveladora que se llama muerte?”<sup>95</sup>

Del domingo pasamos al día del Carnaval, una crónica escrita el 13 de febrero de 1869, en la que narra el Carnaval y el paso que da éste a la Cuaresma; después de tanta celebración, arreglos, bailes y fiestas, viene el orden, la purificación del alma: el miércoles de Ceniza, el recuerdo de la muerte, “verdad es que los desordenados no corren a poner ceniza en sus cabellos y a vestir el saco del penitente; pero cesan en su fiesta”<sup>96</sup>.

<sup>92</sup> Altamirano, *OC VII, Op. Cit.*, p. 181-182

<sup>93</sup> Altamirano, *OC VII, Op. Cit.*, p. 145-155

<sup>94</sup> Altamirano, *OC VII, Op. Cit.*, p. 540-541.

<sup>95</sup> Altamirano, *OC V, Op. Cit.*, p. 114

<sup>96</sup> Altamirano, *OC VII, Op. cit.*, p. 193-198.

Se desarrolla el tiempo de Cuaresma, y la gente no es tan “devota” como suele exponerse, la mayoría conservadora opina que tal falta de devoción es culpa del demonio de la Reforma; sin embargo, el verdadero culpable es “la indiferencia”, tal vez, sugiere el Maestro, haga falta un nuevo Mesías, o un cambio radical en la postura tan conservadora en estas fiestas religiosas, pues la gente rica prefiere los paseos de moda, como el de Bucareli, a los sermones vespertinos.

En otra crónica de 1870, Altamirano se refiere nuevamente a la Cuaresma,<sup>97</sup> pero ahora desde un punto de vista comparativo, pues hace un balance de cómo se ha llevado este tiempo de guardar a lo largo del tiempo. Los estragos del “maldecido espíritu moderno”, del progreso, han calado hondo en la sociedad, pues hace veinte años (1850), se hacían procesiones, el ayuno era obligado, así como la confesión; la diversión se llevaba a cabo a escondidas. Diez años antes, en plena Guerra de los Tres Años, había una “especie de furor religioso, y las campanas se hacían pedazos llamando a los fieles a la confesión, a las pláticas y a los oficios”; la diversión sólo estaba en las iglesias, los teatros estaban cerrados a piedra y lodo. “Las cien iglesias que se levantaban en cada calle y plaza, apenas bastaban para contener la muchedumbre de devotos que se precipitaban en ellas a orar o curiosear”. Y ahora (1870), la fiebre religiosa ha muerto, en parte porque los liberales “han echado abajo los templos [...] y las Leyes de Reforma han nacionalizado los bienes del clero”, así que el lujo de las celebraciones ha desaparecido; los teatros que antes permanecían cerrados, ahora están atestados de feligreses que se divierten viendo representaciones dramáticas, zarzuelas y can-can, “y si esto no es cambiar las cosas, que venga Dios y lo diga”, dice en un tono festivo Maestro Altamirano al final de su crónica.

---

<sup>97</sup> Altamirano, *OC VII, Op. Cit.*, p. 196-198

Otra gran celebración es la de Semana Santa, la cual se espera “con gran alboroto, y con deliciosa impaciencia. ¿Por la devoción? No, la devoción nunca causa ni alboroto ni impaciencia. Es por la diversión”.<sup>98</sup> Se baila, se come carne y pollo, el demonio del lujo aparece de nuevo, pues en estos días de guardar, las ocasiones para presumir y “ataviarse” eran rigor, quien se compra un traje es devoto, quien no estrena, “se queda en su casa, llora, rabia, y no se acuerda para nada de la Pasión de Cristo [...]. La Semana Santa [...] no es cuestión de religión, es cuestión de lujo”; así se expresa la devoción de las jóvenes mexicanas durante la pasión, y resurrección de Nuestro Señor Jesucristo: “botín de tacón alto, la boca de granada, la esbeltez y gallardía aunque pertenezcan a la Sociedad Católica”.

En la crónica llamada “La Semana Santa en mi pueblo”, publicada por primera vez *La República* el 28 de mayo de 1880,<sup>99</sup> narra cómo se desarrollan estos días santos en Tixtla, Guerrero, desde el Domingo de Ramos hasta el Domingo de Resurrección. En 1848 la gente no cabía en las iglesias, la procesión recorría la plaza y el pueblo todo era adornado con arcos de flores, la misa se celebraba con la solemnidad que distinguía estas fechas; las autoridades civiles llegaban a las ceremonias a recibir su agua bendita, todo lo cual ocurría antes que las Leyes de Reforma se aprobaran, porque, Altamirano recuerda al lector que estos acontecimientos sucedían cuando él era un niño, tales eran los días santos en el pueblo del Maestro.

El gobierno liberal no tiene la culpa de que la gente ya no tenga ganas de “guardar los días, ni de ser tan piadosa” como solía serlo. El pueblo aceptaba el “camino nuevo” sin ser obligado, aunque fueran familias respetables de la Sociedad Católica. Recuerda otra

<sup>98</sup> Altamirano, *OC VII, Op. Cit.*, p. 208-209

<sup>99</sup> Altamirano, *OC V, Op. Cit.*, p. 37

importante costumbre era la procesión de las “Tres caídas de Tacuba”, tratada en la crónica publicada por primera vez en *El Diario del Hogar* el 25 de marzo de 1883, y compilada en *Paisajes y leyendas mexicanas*. El cronista describe una tradición que tenía lugar el viernes santo en el pueblo de Tacuba, las procesiones públicas y los sermones al aire libre, la representación de la pasión, muerte y resurrección de Nuestro Señor Jesucristo. Durante esta gran celebración se juntaba no sólo la comunidad de Tacuba, sino las de lugares aledaños para asombrarse de tan solemne tradición; sin embargo, los demonios que trajeron la Reforma prohibieron que las procesiones salieran de las iglesias, así que el Maestro se llevó un gran chasco y al mismo tiempo una gran satisfacción al corroborar que la fiesta se llevaba a cabo en el templo y que la tradición con todos sus colores, diversiones y pulques ya no se desarrollaba en las calles para cumplir la ley: “El gobernador de México es digno de felicitación por haber hecho respetar la ley”.<sup>100</sup>

### *La Virgen de Guadalupe*

Ignacio Manuel Altamirano también reflexionó sobre las historias y el culto a la Virgen de Guadalupe desde un punto de vista laico, de la conquista española al Porfiriato. “La fiesta de Guadalupe” fue publicada por primera vez en *La República*, el 12 de diciembre de 1870, firmada bajo el seudónimo de Esquivel. Posteriormente, Altamirano prometió un ensayo mucho más rico en detalles sobre la Virgen, así que tres años después publicó un artículo en su compilación titulada *Paisajes y leyendas, tradiciones y costumbres de México*, publicada en 1884. Este artículo fue uno de sus trabajos más importantes, en él describe todos los rituales y costumbres, con sus efectos sociales, económicos y políticos, pero lo que permea

---

<sup>100</sup> Altamirano, “Las tres caídas de Tacuba”, *OCV, Op. Cit.*, p.331.

en este extenso texto es la importancia de esta devoción en la historia y la cultura nacionales.

Altamirano presenta la información documental ordenada cronológicamente, detalla las circunstancias por las cuales este culto es tan importante y universalmente conocido. La mayoría de los mexicanos podrían desconocer el nombre del presidente de la República, pero todos sabían quién era la Virgen de Guadalupe.

La fiesta tiene su corazón en la Villa de Guadalupe, distingue esta celebración la participación de todos los grupos sociales y políticos del país, ante la llamada “Morenita” todos los mexicanos son iguales. Más adelante, describe el desarrollo de la fiesta: se celebra una misa a las doce con toda la solemnidad para adorar la imagen, después tiene lugar la danza con “penachos y plumas” de los indígenas; sigue la comida: carne de chivo, barbacoa, acompañada de una succulenta salsa borracha, en la cual el pulque es el ingrediente principal. Finalmente, “todo este mundo de peregrinos” se dispersa a eso de las seis de la tarde y los alrededores de la Virgen se convierten en un lugar “triste, desolado y sucio”, testigo de la devoción de los feligreses.

El artículo se divide en diez partes; en la primera se expone el tema de unidad alrededor de la Virgen, pues ella ha sido el factor de unidad entre razas, clases y partidos en nuestro país. El culto guadalupano se vio interrumpido durante el periodo de independencia (1810) por ser la abanderada de los insurrectos, pero el asunto “pasó pronto”, y es en 1821 cuando Iturbide se arrodilló en el santuario del Tepeyac y se convirtió en la “deidad nacional por excelencia; de ahí en más los gobernantes legítimos y usurpadores [...] venían a postrarse humildemente ante los altares del Tepeyac”. Sin

embargo, en 1867 se altera la tradición porque la Constitución prohibía tomar parte en actos religiosos, debido a la libertad de cultos.

La segunda parte trata del origen y la historia del culto a la Virgen: el relato de las apariciones guadalupanas de 1531, las cuatro peticiones a Juan Diego y la impresión de la imagen en el ayate ante el obispo Fray Juan de Zumárraga. En los capítulos posteriores, el Maestro comenta las polémicas acerca de la Virgen y su origen, sus milagros y apariciones; emite juicios sobre la actitud de muchos clérigos que se valieron de ella para enriquecerse y la hicieron un símbolo de la nacionalidad que apenas surgía, cuando había rebasado el plano religioso y se había convertido en una fuerza política poderosa. Tan grande era su culto en todos los pueblos y ciudades de la República Restaurada que se constituyó un símbolo de unidad y nacionalidad, a tal punto que el gobierno juarista trató a la Virgen con total respeto, de ahí que no se prohibió la fiesta del 12 de diciembre, y no le afectó la desamortización de sus bienes:

El culto está consolidado; nadie se mete a contradecirlo, ni hay para qué, [...] los mexicanos adoran a la Virgen de consurio, los que profesan ideas católicas, por motivos de religión; los indios liberales, por recuerdo de la bandera del año 1810; los indios, porque es su única diosa; los extranjeros, por no herir el sentimiento nacional y todos la consideran como un símbolo esencialmente mexicano. Nada recuerda tanto a la patria, [...] como la imagen de la Virgen de Guadalupe.<sup>101</sup>

Altamirano concluye con que “el día que no se adore a la Virgen del Tepeyac, es seguro que habrá desaparecido no sólo la nacionalidad mexicana, sino hasta el recuerdo de los moradores del México actual”.<sup>102</sup>

---

<sup>101</sup> Altamirano, *OC V, Op. Cit.*, p. 240

<sup>102</sup> Altamirano, *OC V, Op. Cit.*, p. 240

En conclusión, Altamirano delinea en sus textos, lo que a su juicio, en la práctica religiosa de un liberal, constituyen su pensamiento político y social. Los textos estudiados son piezas fundamentales para dejar atrás la idea de que Altamirano era un anticlerical radical; además, conviene observar que su postura se va transformando hasta llegar a la moderación, a un equilibrio entre los postulados liberales de su ideario político y su posición religiosa como católico. De igual forma, logró acomodar su fe religiosa a sus principios liberales con una crítica respetuosa, erudita y didáctica. Invitaba al lector a hacer sus propias conclusiones, y no despreció el tono irónico y algo mordaz en sus crónicas, artículos y discursos. Rescataba las tradiciones religiosas populares porque formaban parte de nuestro país, pero, sobre todo, porque reviven los sentimientos más profundos del individuo.

### III. LA UTOPIA PERDIDA: *LA NAVIDAD EN LAS MONTAÑAS*

¡Atrás, mujer! Tú representas aquí las clases privilegiadas en la pequeña república que voy a hacer de mi hacienda: tú representas la familia del propietario, que engorda y se refocila a costa de la familia de los obreros. ¡No más privilegios! Quiero que en mi casa se ponga al fogón una olla de arroz, ni más ni menos que en la del último de los proletarios. Quiero establecer una completa igualdad. ¡Atrás, mujer! Cuídate de que la reforma no pase sobre ti y te aplaste al nivelar la sociedad.

Roa Bárcena, *La quinta modelo*

Hemos analizado ya el contexto político y social de Ignacio Manuel Altamirano, así como algunos discursos, crónicas y artículos, en donde logramos ver cómo la semilla de la concordia va floreciendo entre liberales y conservadores, toca entonces el turno a la novela, *La Navidad en las montañas* que nos permitirá estudiar la postura religiosa que Altamirano tomó al restaurarse la república. Esta novela contiene la posición ideológica de Altamirano, y en especial, su utopía en cuanto a una probable conciliación de los liberales y los conservadores. El escritor creía que el poder que poseía la Iglesia había sido un freno para el progreso del país, y consideraba que eran injustificables los atentados contra el pueblo mexicano; sin embargo, él sabía que existían sacerdotes que habían obrado cristianamente y que ayudaban al desarrollo y florecimiento de los pueblos.

Altamirano plantea una utopía: al establecimiento de una comunidad católica liberal mediante la convivencia de liberales, conservadores, laicos y católicos. En esta novela, el autor transforma su postura anticlerical, que tomó durante la segunda mitad del siglo XIX, y la orienta hasta llegar al catolicismo liberal.

En el capítulo anterior revisamos algunos discursos, crónicas y artículos del Maestro que fueron escritos antes de 1871 durante los diversos enfrentamientos bélicos que sufrió

nuestro país antes de la República Restaurada y los cuales influyeron en él para que adoptara la postura del catolicismo liberal que se ve reflejada en la novela. Conciérne a este capítulo analizar cómo se manifiesta el discurso correspondiente a una mentalidad en *La Navidad en las montañas*.

Esta novela se publicó por primera vez en 1871 en *El Álbum de Navidad* que editaba Francisco Sosa, y en el folletín de *La Iberia*, periódico que dirigía Anselmo de la Portilla. Se agotó inmediatamente, lo mismo sucedió con la segunda edición publicada en *El Radical* en 1872; la tercera se incluyó en *Los cuentos de invierno* publicados por Filomeno Mata en 1880; la cuarta edición apareció en *El Diario del hogar* en 1884, y finalmente, la quinta edición<sup>103</sup> fue publicada en París en 1891 para la “Biblioteca de Europa y América”. Esta edición tuvo como texto base la de 1880, cabe destacar que a partir de ésta el título cambió a *La Navidad en las montañas*, porque hasta la cuarta edición el título era sólo *La Navidad*. La quinta edición es muy diferente a las anteriores, pues fue la única que Altamirano revisó en Europa y es considerada como la más autorizada, así lo advierte Manuel Sol en su artículo “*La Navidad en las montañas* o la utopía de la hermandad entre liberales y conservadores”.<sup>104</sup>

Hay muchas alusiones a esta novela en discursos y cartas, durante los últimos meses de 1890, en 1891 y hasta 1892, que permiten afirmar que era la favorita de Altamirano. En una carta dirigida a Joaquín Casasús, fechada el 27 de noviembre de 1891, le decía que *La Navidad en las montañas* había sido impresa en un tiraje de tres mil ejemplares, su

<sup>103</sup> Para hacer esta edición, Altamirano solicitó a Francisco Sosa que le mandara copia de la dedicatoria que había escrito para él en la primera edición, pues *La Navidad en las montañas* sería la primera obra que publicaría en París. Posteriormente, el 22 de abril de 1892, le informó a Sosa que ya se encontraba impresa y agregaba que “la dedicatoria es más cariñosa que la primera y contiene la historia del encierro para escribir ese librito”. Altamirano, *OC XXII, Op. Cit.*, p. 114.

<sup>104</sup> Manuel Sol, “*La Navidad en las montañas* o la utopía de la hermandad entre liberales y conservadores”, en *La Palabra y el Hombre*, abril-junio 1999, núm. 110

modestia lo consideraba excesivo, por lo tanto lo único que quedaba por hacer era “procurar colocarlo”.<sup>105</sup>

### *Utilidad de la literatura*

Para comprender el propósito de *La Navidad en las montañas*, Altamirano aspiraba que la literatura abordara asuntos que preocupaban a la sociedad de mediados del siglo XIX, de ahí que la literatura tuviera un papel y una misión privilegiados. Era momento para que el “apostolado liberal” —como reconocía el partido al que pertenecía Altamirano— adoptara las formas de la bella literatura para propagar sus ideas<sup>106</sup> y sobre todo para enseñar. Promovía la conciliación con el fin de que todos los miembros de la patria estuvieran en santa paz, así que consideraba a la amnistía como muy necesaria, aunque se había pronunciado en contra nueve años antes. Altamirano decidió que era la hora de “renacer” igual que la república que apenas se formaba: “es momento de dejar las armas para empuñar las letras”.<sup>107</sup> José María Lafragua señalaba a propósito del carácter y objeto de la literatura que:

La literatura no tiene carácter propio, sino que acomodándose al de la época que representa, se reviste con el ropaje tosco, brillante, ridículo o hermoso con que está revestida la sociedad, cuyo eco es, cuyas virtudes y vicios son un patrimonio, cuyos crímenes arrancan sus lágrimas, cuyas extravagancias provocan su risa. [...] La literatura es la palabra de la sociedad: la imprenta es la lengua de la literatura. [...] La misión de la literatura es formar un cuadro de costumbres para mejorarlo.<sup>108</sup>

<sup>105</sup> Altamirano, *OC XII, Op. Cit.*, p.197

<sup>106</sup> *Ibid*, p. 216

<sup>107</sup> Altamirano, *OC I, Op. Cit.*, p. 179

<sup>108</sup> José María Lafragua, “Carácter y objeto de la literatura”, publicado por primera vez en *El Ateneo Mexicano*, 1844. En Jorge Rueda de la Serna, *La misión del escritor: ensayos mexicanos del siglo XIX*, México, UNAM, 1996, p. 72-74.

Altamirano asume el papel de escritor comprometido y desarrolla esa preocupación en sus novelas, pues en su afán pedagógico, señala los cambios que deben favorecer y las formas en las cuales se debe llevar a cabo la conciliación entre ideologías, y finalmente, la manera en que se alcanzará el deseado progreso si se trabaja conjuntamente y por el bien común.

### *La novela*

¿Cuál era la importancia de la novela para Altamirano? Si la literatura sirve para dar a conocer ideas, la novela se constituye como un “órgano poderoso de propagación”, pues es un buen medio para enseñar, además debe ser un elemento base para el progreso: “la novela del siglo XIX debe colocarse al lado del periodismo, del teatro, del adelanto fabril e industrial, de los caminos de hierro, del telégrafo y de vapor”,<sup>109</sup> es lo que contribuirá al acercamiento a los países civilizados. Altamirano concede una función primordial a la novela:

La novela [...] aún sustituye ventajosamente a la tribuna para predicar el amor a la patria, a la poesía épica, para eternizar los hechos gloriosos de los héroes, y a la poesía satírica para atacar los vicios y defender la moral [...]. Ella contribuye con todos estos inventos [...] del genio a la mejora de la humanidad y a la nivelación social de las clases por la educación y las costumbres [...] las doctrinas sociales, todos los principios de regeneración moral y política, propiedad exclusiva antes de la tribuna, de la cátedra y del periódico, se apoderan de la novela y la convierten en un órgano poderoso de propaganda [...]. La novela hoy, ocupa un rango superior, y aunque revestida con las galas y atractivos de la fantasía, es necesario no confundirla con la leyenda antigua, es necesario apartar sus disfraces y buscar en el fondo de ella el hecho histórico, el estudio moral, la doctrina política, el objeto social, la predicación de un partido o de una secta religiosa, en fin, una intención profundamente filosófica y trascendental en las sociedades modernas.<sup>110</sup>

---

<sup>109</sup> Altamirano, *OC XII, Op. Cit.*, p. 230-231

De ahí que en manos de los “observadores del evangelio”, disfrazados de liberales, la novela se convierte en un arma muy poderosa: “la novela hoy suele ocultar la Biblia de un nuevo apóstol o el programa de un audaz revolucionario [...] la novela como la canción popular será un vínculo de unión”.<sup>111</sup>

La literatura que floreció en manos de los liberales, transmitió los conceptos fundamentales de la Reforma: nación, nacionalismo, patria, moral, etc. La literatura nacional que nació junto con la República abordó estos conceptos, y todas las producciones estuvieron impregnadas de la ideología liberal, porque estaban convencidos que esa era la manera con la que se lograría la emancipación mental del pueblo y el progreso llegaría mediante el conocimiento de la cultura.

Vicente Riva Palacio consciente que el grupo liberal debía dejar escrita su verdad histórica con la cual era necesario orientar la mentalidad mexicana, encabezó la redacción y publicación de la monumental obra *México a través de los siglos*, que revela el espíritu total del liberalismo mexicano, sus simpatías y diferencias, sus fobias y filias; en resumen, una obra poseedora de una ideología firme.<sup>112</sup>

Para Carlos Illades, en *Nación, sociedad y utopía en el romanticismo mexicano*,<sup>113</sup> la novela abría camino hacia la sociedad ideal concebida como una utopía que tenía, de un lado, los principios liberales como marco legal de la República y, por el otro, la religión como célula social básica y unidad económica productiva. El pueblo transformado en

<sup>111</sup> Altamirano, *OC XII, Op. Cit.*, p. 235

<sup>112</sup> Cfr. Ernesto de la Torre Villar, “Minorías religiosas en la novela mexicana del siglo XIX”, en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, volumen 12, 1989, p. 63-78

<sup>113</sup> Carlos Illades, *Nación, sociedad y utopía en el romanticismo mexicano*, México, CONACULTA, 2005

ciudadanos trabajadores y virtuosos, las instituciones debían consagrarse hacia el bien común que asegura el progreso espiritual.

### *La novela de Altamirano*

La narrativa de Altamirano es reconocida por su afán nacionalista y pedagógico; porque le interesa la historia de la patria y el momento histórico, ya que fija la trama de su obra en uno de los periodos más decisivos para la constitución de la nación mexicana: la restauración de la República. De acuerdo con Carlos González Peña, Altamirano es el primer autor que se preocupa.

Por la estructura artística de su novela [...] sus relatos son concisos [...] distribuye y armoniza episodios con los que gana emoción e interés. Tanto como al asunto concede importancia al ambiente y a los personajes. Sus escenarios no son imaginados, sino vistos y sentidos: abundan en vivo, acentuado y colorido [...] sus héroes y hasta las figuras secundarias, aunque vaciados en el molde idealista, y, los más, de inconfundible raza romántica, no son siempre invariable producto de la fantasía, sino creaciones humanísticas y hasta a veces, trasunto de seres que el autor conoció o de cuya existencia supo. Este equilibrio de facultades se complementa con las gracias y hermosura del estilo.<sup>114</sup>

*La Navidad en las montañas* fue escrita para crear entre sus lectores un sentido de bien común, de la búsqueda de la concordia, de una educación firme que llevará al progreso, para todos los mexicanos. Jacqueline Covo en su estudio sobre las ideas de Altamirano insiste que esta novela tenía un lugar privilegiado para su autor:

Altamirano ubica a la novela como el primero de los géneros literarios: su audiencia entre el pueblo (aquellos que por lo menos saben leer) y entre las mujeres, la considera un “vehículo de propaganda”, una

---

<sup>114</sup> Carlos González Peña, *Historia de la literatura mexicana*, México, Porrúa, 1963, pp. 339-340.

escuela de pensamiento y le da un rol especial en la educación de masas.<sup>115</sup>

Recordemos que *La Navidad en las montañas* fue escrita hacia 1871, dos años después de fundado *El Renacimiento*, proyecto literario que prometía “apagar completamente los rencores que dividen todavía por desgracia a los hijos de la madre en común”.<sup>116</sup> Para entonces el Maestro anhelaba la unión entre ideologías, partidos y ciudadanos, para que se estimulara el progreso que el país tanto necesitaba; su optimismo le impidió identificar los obstáculos; según Evodio Escalante:

Las novelas de Ignacio Manuel Altamirano corresponden a un tal proyecto de subjetividad formadora. Su proyecto novelístico es un proyecto republicano. Quiero decir con esto que sus textos expresan la visión del mundo de una fracción hegemónica de la sociedad, o que llegó a ser hegemónica, según el equilibrio inestable que se desprende de la guerra de Reforma y de la guerra contra el Imperio. La tarea de las novelas de Altamirano es la de explicitar, justificar y legitimar, dentro del espacio narrativo, pero sabiendo bien que esto tendrá consecuencias en el plano de lo social, la visión del mundo de sus colegas republicanos, y de modo más específico, el proyecto de país por el que ellos han apostado la existencia. *La Navidad en las montañas* cuya fecha de aparición coincide con la segunda elección de Juárez (1871), es la representación aureolada con tintes utopizantes, de lo que podría ser el país si desaparecieran las bases de la discordia entre el clero y la facción reformista.<sup>117</sup>

*La Navidad en las montañas* opera un tanto en sentido contrario al de los artículos periodísticos y discursos del escritor, pues deja de atacar al clero y plantea una modelo de

<sup>115</sup> Jaqueline Covo, “Les idées d’Altamirano dans *La Navidad en las Montañas*”, Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien, no. 19, 1972, p. 158

<sup>116</sup> Altamirano, *El Renacimiento*, Op. Cit., p. 6

<sup>117</sup> Evodio Escalante, “La lectura ideológica de dos novelas de Altamirano”, en *Homenaje a Ignacio Manuel Altamirano* de Manuel Sol y Alejandro Higashi, Universidad Veracruzana, México, 1997, p. 190

cómo deberían ser los sacerdotes, confirma al mismo tiempo la ideología política de

Altamirano:

Sea el caso de *La Navidad en las montañas*. Mejor que una novela o que un relato realista, este texto se nos aparece como una ensoñación idílica. La imaginación de Altamirano traslada al lector a ese no lugar de los utopistas. Un poblado rural, perdido en las cumbres de una montaña, a donde no llegan los rejugos del conflicto social. En el tiempo del relato, en efecto, México se encuentra hundido en los avatares de la guerra civil, una guerra intestina entre conservadores y liberales que no tiene trazas de terminar; pero este ajeteo sangriento ha quedado atrás, no en el tiempo, sino en el espacio. El ascenso a la montaña es también el ascenso a una tierra de armonía, que se mantiene al margen del conflicto. Abajo, la sangre, la persecución fratricida; arriba, la concordia, la permanencia de las instituciones tradicionales, la sana unión con la Naturaleza. No es la de un Altamirano una utopía radical, sino más bien, si lo podemos decir así, una utopía de alcance medio. No trasciende el sistema social, no propone un tipo de organización que rompa con los esquemas conocidos. La suya es una utopía conciliadora. El sueño de un soldado republicano, que huye del asedio para salvar su vida, y que encuentra en ese pueblecito perdido, a donde se refugia, el estado de la conciliación ideal.<sup>118</sup>

Para Jacqueline Covo, *La Navidad en las montañas* cumple con lo que debería ser la

novela, según Altamirano:

Entre las novelas de Altamirano donde aplica sus propias teorías hemos escogido *La Navidad en las Montañas*, porque en sus páginas están presentes el costumbrismo y el romanticismo de *Clemencia* y *El Zarco*, además de una lección particularmente evidente que sirve para nuestro propósito: el idilio que forma el centro para un relato autobiográfico; durante la guerra de tres años, en una Nochebuena un liberal se refugia en un pueblo asilado en las montañas. Allí descubre el progreso ejercido por un cura de origen español, él cree descubrir la aplicación de las ideas de Reforma [...] Altamirano encontró la manera de introducir sus ideas religiosas, reformistas, sociales y políticas a un gran público a través de esta novela.<sup>119</sup>

<sup>118</sup> Evodio Escalante, *Op. Cit.*, p. 191

<sup>119</sup> Jacqueline Covo, *Op. Cit.*; p. 158

Las novelas sociales como *La Navidad en las montañas* se ocupan de problemas vinculados con lo económico y lo político, consideraban afanes reformadores y planteaban soluciones. Estas novelas son una variante romántica que está relacionada de alguna manera con el liberalismo; reconocen la importancia de factores externos como la educación, la situación económica, el ambiente en el que las personas crecen y se desarrollan; además la sociedad y el gobierno comparten la responsabilidad de caminar hacia el progreso mediante la distribución de las riquezas, a través de la caridad y del bien común: ayudar al prójimo sin esperar nada, y de la preparación educativa de los pobres (idea fundamental); a la par que se mejoran paulatinamente las condiciones de vivienda y salud, lo cual ayuda a transformar más la sociedad.

Altamirano confiaba en que el futuro sería mejor y deseaba contribuir con sus escritos y publicaciones periódicas para llegar a ese objetivo, por lo que tienen, por tanto, un tinte utópico. Las soluciones planteadas en la novela se basan en una concepción religiosa del mundo, vinculada con la necesidad de practicar los valores cristianos originales, como el amor al prójimo y la ya mencionada caridad.

Es por ello que en muchos sentidos la novela podría considerarse como un instrumento de diferentes filos: un instrumento que presenta su doctrina, un instrumento que criticaba al clero y un proyecto para enseñar a sus conciudadanos cómo se debe llevar a cabo la paz, que va de la mano del progreso y del crecimiento como un país civilizado.



### *La Navidad en las montañas y la crítica*<sup>120</sup>

Para los contemporáneos de Altamirano, la novela fue un mensaje de conciliación que le guardaba el reconocimiento como líder cultural. Ángel de Campo, un discípulo del Maestro y renombrado cronista de finales del siglo XIX, exalta el estilo de la novela: “No es por cierto la trama lo que interesa en la obra, sino el estilo en que el libro está escrito. Ese estilo, fácil elegante, sereno y dulce, que hace recorrer página tras página sin el menor cansancio, parece más bien una de esas conversaciones que entretienen las horas sin dar lugar a una interrupción”.<sup>121</sup>

Diversos autores han dado su punto de vista sobre *La Navidad en las montañas*, para Nicole Giron, la obra representa al liberalismo; para Rogelio Rodríguez Coronel,<sup>122</sup> es una mezcla muy homogénea del paisaje y de un juicio moral, que tiene como telón una sociedad unida donde cada uno tiene una tarea que llevará al progreso del pueblo. John Brushwood en *México y su novela* afirma que Altamirano “capta la sencillez [de] una sociedad sin complicaciones”, pues es lo que permea en gran parte de la novela, desde la naturalidad con la que el cura cuenta las cosas hasta la vida que llevan los más acomodados del pueblo. José Luis Martínez considera que la novela de Altamirano muestra cómo las doctrinas liberales y religiosas se pueden conciliar a través del entendimiento para la integración de nuestra cultura y “de aquella unidad nacional que fue una de las mayores

<sup>120</sup> La evolución sobre la idea de utopía en *La Navidad en las montañas* empezó con María del Carmen Millán en su ensayo “Dos utopías, el cual cito a lo largo de este capítulo, la desarrolla en un el ensayo, Jacqueline Covo “Les idées d’Altamirano dans *La Navidad en las montañas*, y finalmente, Manuel Sol termina de pulir la idea de utopía con su artículo “*La Navidad en las montañas* o la utopía de la hermandad entre liberales y conservadores” en *La Palabra y el Hombre*, abril-junio 1999, núm. 110.

<sup>121</sup> Ángel de Campo, “*La Navidad en las montañas*”, *El Nacional*, Tomo XIV, año XIV, no. 294, México, 19 de marzo de 1892

<sup>122</sup> “Costumbrismo y emoción” en *La novela romántica latinoamericana*, La Habana, 1978, p. 506

empresas de su vida”.<sup>123</sup> Karl Holz, en su ensayo titulado “El populismo y la emancipación mental en la literatura mexicana del siglo XIX”, consideraba que Altamirano ofrece mediante un cuadro lleno de cantos populares y villancicos pastoriles una escena idílica que nadie puede ignorar sin emocionarse, ni siquiera un soldado liberal, “que lleno de emoción, admira el mundo que se le presenta”.<sup>124</sup> Emmanuel Carballo describe a Altamirano como un “cura laico”, pues su literatura, y en especial esta novela, elevan el amor a la patria y exaltan los valores morales que debe distinguir una persona, cualquiera que sea. Oscar Mata señala que: “El carácter didáctico de la novela hace gala de su calidad de maestro cuando enseña deleitando, para lo cual se concreta a mostrar la fraternidad entre los mexicanos sin recurrir a peroratas ni homilías: por desgracia, la inmensa mayoría de los escritores mexicanos del siglo XIX no asimilaron esta lección del maestro, pues pretendieron educar a sus lectores de una manera un tanto burda: sermoneando”.<sup>125</sup>

Evodio Escalante ya citado, advierte en la “Lectura ideológica de dos novelas de Altamirano” que la utopía de Altamirano no es radical, sino de “alcance medio”, pues no trasciende el sistema social, es decir, no hay propuesta que se refiera al orden social, ni que rompa con los esquemas conocidos, más bien quiere encontrar “el estado de conciliación ideal”, que el soldado encuentra cuando busca dónde descansar entre las montañas. Gastón García Cantú en *Utopías mexicanas* opina que:

La novela es un episodio dulcemente evocado, un alegato de concordia, a fuerza de discursos y lágrimas es una ficción que presenta la realidad como el escritor desearía que fuera; como una argumentación a través de los personajes [...] lo que Altamirano se propuso en su novela está

<sup>123</sup> José Luis Martínez, *La expresión nacional*, México, Imprenta universitaria, 1955, p. 67

<sup>124</sup> Karl Holz, “El populismo y la emancipación mental en la literatura nacional mexicana del siglo XIX”, *Literatura mexicana*, Volumen 1, número 2, México, 1990, p. 389

<sup>125</sup> Oscar Mata, *La novela corta mexicana en el siglo XIX*, México, UNAM, 2003, p. 72

plenamente logrado en su relato al contar un suceso como quizá no aconteció nunca, sino como él logró imitarlo en un estilo diáfano, son concesión alguna [...] *La Navidad en las montañas* es un testimonio de la lucha librada en la conciencia de los reformadores.<sup>126</sup>

María del Carmen Millán considera que cada capítulo de la novela por separado “representa un fragmento de su pensamiento, una parte del programa de integración cultural y social que se propuso”,<sup>127</sup> y esto se ve reflejado en los primeros capítulos cuando el narrador recuerda su infancia en las épocas decembrinas, las cuales están marcadas por el sentido católico propio de estas fiestas, y que conforme avanza la novela, se va haciendo más evidente. Según Jacqueline Covo, *La Navidad en las Montañas* es un caso especial, pues

El cristianismo de Altamirano se reitera en diversas ocasiones en el conjunto de su obra, en especial, en esa noche de Navidad, cuando un liberal, un hombre de la Reforma, es obligado a aceptar la libertad de conciencias y de cultos decretado el 4 de diciembre de 1860, y no lo hace como mucha resistencia.<sup>128</sup>

Finalmente, Gabriel Zaid en su ensayo “La novela como villancico” menciona que Altamirano descargó “en un cuento largo o novela corta su experiencia y sus proyectos, su deseo profundo de renovación espiritual y concordia social. Había escrito el villancico que México deseaba cantar, después de tantos años de guerra civil y sufrimiento”.<sup>129</sup>

Podemos observar que las lecturas de *La Navidad en las Montañas* llegan, de un modo u otro, a concluir que se trata de una utopía que recoge los postulados que un liberal ya moderado por la paz era capaz de sostener. Por eso recurre a la visión de un cura y a una

<sup>126</sup> Gastón García Cantú, *Utopías mexicanas*, México, FCE, 1978, p. 81.

<sup>127</sup> María del Carmen Millán, “Introducción”, *EL Zarco y La Navidad en las montañas*, editorial Porrúa, México, 1968, p. XIX

<sup>128</sup> Jacqueline Covo, *Op. Cit.*; p. 159

<sup>129</sup> Gabriel Zaid, *Op. Cit.*, p. 15

montaña ideal para realizar un “milagro” en la comunidad al hacerla autosuficiente regulada por los principios del trabajo, la fraternidad y la caridad. En este pueblo, la armonía y el progreso social son evidentes.

La armonía entre los dos principios por los que había peleado, y que parecía lejano que se reconciliaran: el liberalismo y el clero encuentran solución en la novela y se resuelve esa disputa en el abrazo entre un soldado liberal y un cura de aldea el día de Navidad. Se resalta el trabajo conjunto del cura, el maestro y el alcalde para construir la nueva nación mediante la sana convivencia y la educación para alcanzar el progreso en un futuro no muy lejano.

### El discurso católico-liberal en *La Navidad en las montañas*

En el panorama de la novela del siglo XIX, *La Navidad en las montañas* forma parte de un esfuerzo por hacer propuestas, de sugerir una serie de utopías, en las que el lugar del catolicismo se asegura por considerar que los valores morales y las creencias religiosas en la vida mexicana pueden llevar a una concordia y una transformación de ideas.

El tema del cura fue muy socorrido. La figura de un buen cura, de un sacerdote ejemplar que no abusa del pueblo y que sabe llevar el catolicismo primigenio que Jesucristo enseñó a sus apóstoles ha sido explorada en novelas, cuentos y poemas para dar lecciones o ejemplos de la forma en la cual la religión combinada con los asuntos civiles puede llevar a grandes avances, progresos en todos los sentidos, recordemos, por ejemplo: *El Vicario de*



aldea de Enrique Zschokke; *El judío errante* de Eugène Sue;<sup>130</sup> *Los miserables* de Víctor Hugo; *El monedero* de Nicolás Pizarro Suárez.<sup>131</sup>

Los personajes de la novela son los intérpretes del ordenamiento social y político ideal de Altamirano, los habitantes del pueblo llevan una relación armoniosa entre ellos, basada en el respeto y en la fraternidad.

El capitán tiene prejuicios contra el cura por su nacionalidad española<sup>132</sup> y por su profesión: “—¡Español! —me dije yo—: eso sí me alarma; yo no he conocido clérigos españoles más que jesuitas o carlistas y todos malos”.<sup>133</sup> Sin embargo, se llevó una sorpresa al descubrir que el cura nunca abusó de su congregación, pues era una persona trabajadora, tiene sus hortalizas y es artesano, no recibe dinero de celebraciones religiosas como los

<sup>130</sup> En México las novelas de Sue se publicaban en francés en *Le Trait d'Union*, un periódico editado por exiliados franceses de la Revolución de 1848. Covo señala en su artículo “Las ideas de la Reforma en México (1855-1861)”, que apareció una nota en *El Monitor Republicano* del día 31 de diciembre de 1856, informando que un obispo había ordenado confiscar los ejemplares de *Los misterios de París* y *El judío errante*. Monsiváis señala que el presbítero José María Dávila y Arrillaga ordenó quemar las obras de Voltaire, Diderot y D’Alambert localizadas en la biblioteca del Instituto Literario de Toluca, el clérigo también arremetió contra novelas de folletín como las de Eugène Sue, ya que según él atacaba al matrimonio y justificaba el suicidio así como el adulterio. Para ampliar más este tema véase “Las lecturas católicas: 50 años de literatura paralela, 1867-1917” de Manuel Ceballos Ramírez en *Historia de la lectura en México*.

<sup>131</sup> *El monedero* apareció en el año 1861, diez años antes de la publicación de *La Navidad en las montañas*. La novela de Pizarro es la primera en su tiempo que contiene de forma sistemática la aplicación de las Leyes de Reforma, así como un ejemplo de cómo debería ser la religión y sus sacerdotes. María del Carmen Millán, en su ensayo “Dos utopías”, afirma que Altamirano leyó este libro cuando era muy joven, pero no lo divulgó hasta nueve años después, en una crónica titulada “La Iberia” en *Revistas Literarias* en 1868.

<sup>132</sup> La admiración por el cura aumenta conforme la obra avanza y al final no importa si era español o no, sino el gran servicio que hizo por esta comunidad. El Maestro se distinguió por atacar la corona española y al alto clero, algunos de la misma nacionalidad, un ejemplo de ello es el prólogo a un poema épico de Eduardo Valle titulado “Cuauhtémoc”, en donde ataca la figura del conquistador Cortés. Sin embargo, en el mismo prólogo reconoce la labor evangelizadora de Fray Bartolomé de las Casas, Fray Pedro de Gante, Fray Martín de Valencia. Cabe destacar que cuando fue expulsado del Instituto Literario de Toluca conoció un español bueno, quien fue su mecenas y protector, de nombre Luis Rovalo, a él le manifestó su agradecimiento hasta el día que murió el día 4 de julio de 1858 en la crónica de “Todos Santos”: “El señor Luis Rovalo [...] honra de los españoles en México, protector de la juventud, el dinero en sus manos fue un elemento de beneficencia” (*El Renacimiento*, II, p. 147). En otra crónica de 1870 publicada en *El Siglo XIX*, afirma que no tiene sentimientos en contra de los españoles en general, pues “un español [el cura Hidalgo] cuya memoria es una religión para nosotros, nos sirvió de padre, sus hijos son nuestros hermanos muy queridos y en suma, en nuestro círculo de amigos íntimos contamos entre los primeros a varios españoles” (Altamirano, *Periodismo político* 1, p. 177)

<sup>133</sup> Altamirano, *OC III, Op. Cit.*, p. 100

bautizos, bodas y entierros. Cuando se da cuenta de lo bueno que es, le extiende la mano y le da un abrazo, al mismo tiempo le dice que él es cristiano primigenio, puro, como en los tiempos de los doce primeros. En este pueblo se rinde culto a Jesús y se deja de lado el culto a los santos. Las autoridades conviven en perfecta armonía: el maestro, el cura y el alcalde. Altamirano reconoció en su propia novela “un arma”, pues en ella se representaba “la imagen de un cura diametralmente opuesta a la de aquellos clérigos que desde la penumbra o desde las altas jerarquías eclesiásticas habían luchado contra los principios de la Reforma”.<sup>134</sup>

El buen cura<sup>135</sup> cuyo su nombre real no se da a conocer, pero que se insinúa cuando narra una parte de su vida, en el capítulo V, y dice que tomó el nombre de Fray José de San Gregorio en el momento de su ordenación sacerdotal. El cura también hace una crítica sobre las órdenes religiosas y los conventos, pues ya no eran escuelas de “heroicos misioneros”, como aquellos que llevaban la palabra a los lugares más remotos, ahora los sacerdotes eran personas “ociosas” cuya vida acomodada y sedentaria les impide hacer su labor de “apóstol laborioso” en las comunidades remotas. De igual manera, el sacerdote critica la idolatría exagerada hacia los santos por parte de algunos feligreses que hacen largas travesías hacia la imagen del santo y le rinden una ofrenda anual como agradecimiento:

<sup>134</sup> Manuel Sol, “*La Navidad en las montañas* o la utopía de la hermandad entre liberales y conservadores”, *Op. Cit.* p. 83

<sup>135</sup> Gastón García Cantú dice que “el cura es un símbolo político, [pues] aplica en su aldea el programa del Partido Liberal: impide la idolatría, suprime las obvenciones, vive de su trabajo, implanta nuevas labores, renuncia a la casa que el pueblo le destinaba, para dársela al maestro, predica el amor y él mismo sin alarde, afirma que los aldeanos lo aman como a uno de sus hermanos”. En *Utopías mexicanas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978, p. 79.

Esa aglomeración de altares de malísimo gusto, sobrecargados de ídolos, casi siempre deformes, que una piedad ignorante adora con el nombre de santos, y cuyo culto no es, en verdad, el menor de los obstáculos para la práctica del verdadero cristianismo [...] está tan arraigada esta idolatría que había acabado por desalentarme, pensando que la religión de Jesús no era más que la cubierta falaz de este culto, cuyo mantenimiento consume los mejores productos del trabajo de las clases pobres, que impide la llegada de la civilización y que requiere todos los esfuerzos de un gobierno ilustrado para ser destruido profundamente.<sup>136</sup>

Lo que realmente quería el cura era llevar la “buena nueva” a todos los hombres de buena voluntad, y esto incluía a las comunidades lejanas, así que emprendió el viaje a este pueblo en medio de las montañas que vivía en un “estado muy semejante a la idolatría y a la barbarie”.<sup>137</sup> Además de ser el sacerdote de la aldea, también era maestro de escuela, médico y consejero municipal; les dio nuevas ideas a los habitantes para que el mejorar su vida, por ejemplo, la comunidad comienza a vivir de la agricultura, se sistematizan los trabajos y su distribución corresponde a las habilidades individuales para lograr un mayor rendimiento, y se emprenden pequeñas industrias como el molino de trigo que sustituyó al metate. La gente lo ama tanto que lo considera parte de su familia, así que lo llaman “hermano cura”. El “hermano cura” logró transformar el pueblo y llevarlo al progreso, pero, ¿por qué le correspondía a un sacerdote llevar a cabo este cambio?

La religión, señor capitán. La religión me ha servido de mucho para hacer todo esto. Sin mi carácter religioso quizá no hubiera sido escuchado ni comprendido. Verdad es que yo no he propuesto todas estas reformas en nombre de Dios, ni fingiéndome inspirado por él: mi dignidad se opone a esta superchería; pero evidentemente mi carácter de sacerdote y de cura daba una autoridad a mis palabras que los montañeses no habrían encontrado en la boca de una persona de otra clase [...] el Evangelio no es sólo “buena nueva” bajo el sentido de la

<sup>136</sup> Altamirano, *OC III, Op. Cit.*, p. 126

<sup>137</sup> Altamirano, *OC III, Op. Cit.* p. 104

conciencia religiosa y moral, sino también desde el punto de vista del bienestar social.<sup>138</sup>

El capitán se da cuenta de que el camino hacia el progreso fue relativamente fácil en esta aldea, pues la respuesta, dada por el cura, aseguraba que era la autoridad moral la que permitía llevar a cabo la transformación de las conciencias de los pobladores, de los ciudadanos. La importancia era la de un ambiente de trabajo y fraternidad donde la justicia, la libertad, la honradez y la paz estaban presentes, tal y como lo predica el Evangelio: “Comprendí —dice— que lo que yo había creído difícil, largo y peligroso, no era sino fácil, breve y seguro, siempre que un clero ilustrado comprendiese los verdaderos intereses cristianos y viniese en ayuda del gobernante”.<sup>139</sup>

Por lo anterior, el capitán considera al cura un demócrata verdadero, para quien era la misma cosa un “demócrata o un discípulo de Jesús”.<sup>140</sup> El trato del cura de esta aldea era de igualdad con los habitantes, y de esta manera había confianza y fraternidad entre el cura y sus feligreses.

Igualmente ejemplar a la vida del cura es la historia de Carmen y Pablo. Carmen es la sobrina del alcalde, tiene una vida acomodada. El narrador presenta un contraste evidente entre su vida y la de Pablo que provoca el rechazo, ya que él era huérfano desde muy chico y que, sin embargo, se distinguió en su infancia por ser un buen niño. Pablo cambió cuando Carmen lo rechazó, esto le generó una crisis que lo hizo y renegar de sus principios, de tal suerte que termina reclutado como soldado para la guerra civil. Al concluir ésta, Pablo regresa y comienza a trabajar una parcela, se aísla del pueblo y no tiene contacto con nadie.

<sup>138</sup> Altamirano, *OC III, Op. Cit* p. 113

<sup>139</sup> Altamirano, *OC III, Op. Cit* p. 120

<sup>140</sup> Altamirano, *OC III, Op. Cit* p. 114

Jorge Enrique Rojas Otálora observa la metáfora del hijo pródigo, ya que se presenta el feliz regreso de Pablo al pueblo, que en un momento lo exilió por sus malas acciones, y lo recibe con los brazos abiertos. El ejército funciona como elemento positivo, pues contribuye a la reformación de este personaje

La historia de amor entre Pablo y Carmen exalta ciertas características de la novela romántica; el amor que Pablo sentía por Carmen guía su camino hacia la virtud, hacia los valores y la moral, ya que mientras él se estaba perdido por su desamor cayó en muchos vicios: “se entregó a la bebida y al desorden”. El capitán es quien une a esta pareja en la Nochebuena, cuando Pablo regresa al pueblo después de haber servido a la patria:

Lo sé todo; sé que usted adora a esta niña, y da usted en ello prueba de que vale mucho. Ella lo ama a usted también, y si no que lo digan esas lágrimas que derrama, y esos padecimientos que ha tenido desde que usted se fue a servir a la patria. Sean ustedes felices, ¡qué diantre! ya era tiempo porque los dos se estaban muriendo por no querer confesarlo.<sup>141</sup>

El amor no correspondido lo confundió y lo llevó al extremo de desterrarse para no ser un mal ejemplo para la gente del pueblo. Carlos Illades dice que el amor: “Vincula el bien con Dios, la naturaleza, la moral, la familia y el matrimonio, el trabajo, la república, la vida modesta, la mexicanidad y la preservación de la comunidad; el mal, con lo diabólico, el instinto, la carne, la transgresión del tabú, la seducción, las actividades improductivas, la traición a la patria, la usurpación, la extranjería y el rompimiento del orden social”.<sup>142</sup>

La acción de la novela se desarrolla en una zona montañosa, cuyas tradiciones se han consolidado a través de varias generaciones, como lo atestiguan los dos ancianos del pueblo, la tía Juana y el tío Francisco, que no solo eran justos, sino maestros y guías de

<sup>141</sup> Altamirano, *OC III, Op. Cit* p. 122

<sup>142</sup> Carlos Illades, *Op. Cit.*, p. 119-120

todos. Desde la llegada del cura se transforma la vida cotidiana y se mejoran las condiciones de vida. La narración se lleva a cabo en dos días, el capitán llega el 24 de diciembre y se despide el 26; sin embargo, nos da una clara perspectiva de lo que sucedió desde la llegada del cura, es decir, tres años antes, y también de la vida, costumbres y tradiciones de un pueblo perdido entre las montañas.

En los capítulos I al IV, se hace una cuidadosa descripción de la naturaleza; el capitán recuerda las fiestas decembrinas de su infancia y juventud; posteriormente, el relato regresa al momento de su llegada al pueblo donde termina su jornada, con su criado, un soldado viejo de apellido González:

Se me había dicho que terminaría mi jornada en un pueblecillo de montañeses hospitalarios y pobres, que vivían del producto de la agricultura y que disfrutaban de un bienestar relativo, merced a su alejamiento de los grandes centros populosos, y a la bondad de sus costumbres patriarcales.<sup>143</sup>

Cuando el capitán llega al pueblo, González le comunica que el cura los alojara, además le dice que es español, lo cual no es del agrado del capitán, y causa cierta alarma en él, pues solamente ha conocido clérigos jesuitas y carlistas; y considera a todos malos. Conforme el relato avanza, el capitán cambia de parecer en cuanto al cura.<sup>144</sup>

De los capítulos V al X, se centra la narración en el cura de la aldea y su historia, se combina el discurso progresista con una alabanza a la vida en la aldea y a la armonía entre

<sup>143</sup> Altamirano, *OC III, Op. Cit.*, p. 99

<sup>144</sup> Destaca esta primera impresión del capitán, ya que revela el proceso del pensamiento que Altamirano tenía en un principio y la cual expresa en discursos como “Contra la amnistía” y en diversas crónicas. En estos textos, el Maestro pide la cabeza de los curas y se niega a darles tregua. Así como en la novela el capitán cambia su opinión del cura cuando se entera de las buenas obras que ha hecho por el pueblo, lo mismo pasará con la opinión del Maestro, cuando descubre que no todos los clérigos son malos, y que la religión pueden aportar también los cimientos que necesitaba la república naciente.

sus habitantes: “En cuanto a mi señor, vivo feliz, [...] en medio de gentes que me aman como a un hermano [...] tengo la conciencia de no serles gravoso, porque vivo de mi trabajo, no como cura, sino como cultivador y artesano [...] mis feligreses auxilian mi pobreza con donativos de semillas y [...] procuro que no sean frecuentes ni costosos”<sup>145</sup>.

De igual manera, el cura critica las órdenes religiosas y los vicios en que caen muchos sacerdotes —los que Altamirano considera como “malos”— y los compara con los verdaderos misioneros, y en especial, con su misión en el pueblo:

Conocí entonces, como usted supondrá, lo que verdaderamente valían las órdenes religiosas en México; comprendí con dolor, que habían acabado ya los bellos tiempos en que el convento era el plantel de heroicos misioneros que a riesgo de su vida lanzaban a regiones remotas a llevar con la palabra cristiana la luz de la civilización, y en que el fraile era, no el sacerdote ocioso que veía transcurrir alegremente sus días en las comodidades de una vida sedentaria y regalada, sino el apóstol laborioso que iba a la misión lejana a ceñirse la corona de las victorias evangélicas, reduciendo al cristianismo a los pueblos salvajes, o la del martirio, en cumplimiento de los preceptos de Jesús<sup>146</sup>.

El cura reconoce que sus ideas no son del todo ortodoxas: “un sacerdote que se consagra a la cura de almas, debe vivir de algo, considero también que puede vivir sin exigir nada, y contentándose con esperar que la generosidad de su fieles [...] así creo que lo quiso Jesucristo, y así vivió él”<sup>147</sup>. En este pasaje el capitán cambia su opinión sobre el cura y lo reconoce como un verdadero “apóstol de Jesús”, alguien que busca el bien común sin esperar nada a cambio; lo anterior da lugar a un abrazo entre el cura y el capitán, un abrazo que representa la conciliación de las ideologías y el entendimiento entre sus seguidores,

<sup>145</sup> Altamirano, *OC III, Op. Cit* p. 105

<sup>146</sup> Altamirano, *OC III, Op. Cit* p. 103

<sup>147</sup> Altamirano, *OC III, Op. Cit* p. 105

pues un buen guía espiritual puede llevar “a los altares de un Dios de paz a un pueblo dócil, regenerado por el trabajo y por la virtud”<sup>148</sup>. Si el gobierno trabaja conjuntamente con los “buenos curas” se puede llevar a cabo el progreso que tanto se deseaba para el país:

No creía yo que existiera un solo sacerdote así en México [...] yo he detestado desde mi juventud a los frailes y a los clérigos; les he hecho la guerra; la estoy haciendo en favor de la Reforma, porque he creído que eran un peste; pero si todos ellos fueran como usted, señor, ¿quién sería el insensato que se atreviese, no digo a esgrimir su espada contra ellos, pero un aun a dejar de adorarlos? Yo soy lo que el clero llama un hereje [...] pero yo aquí digo a usted, en presencia de Dios, que respeto las verdaderas virtudes cristianas, como jamás las ha respetado fanático o sayón reaccionario alguno. Así, venero la religión de Jesucristo, como usted la practica, es decir, como él la enseñó, y no como la practican en todas partes [...] amo el cristianismo cuando lo encuentro tan puro como en los primeros y hermosos días del Evangelio.<sup>149</sup>

El párrafo sintetiza la postura del catolicismo liberal. De aquellos liberales que no estaban en contra de la religión o de su dogma, sino de ciertas prácticas y de los clérigos que entendían a su conveniencia el Evangelio y lo usaban para justificar los abusos y la explotación de pueblo. El capitán dice que es considerado como un “hereje” por estar en contra de la “religión católica”, según los sacerdotes. Sin embargo, el capitán era católico y luchaba a favor de la Reforma, así que los liberales dejaban la vida civil al estado y el terreno de sus conciencias a la religión, separando perfectamente su ideología política de su moral sin que ninguna de las dos se enfrentaran, llegando así a este “abrazo conciliatorio”.

<sup>148</sup> Jaqueline Covo menciona al respecto de esta conciliación que la figura del cura es necesaria como ejemplo de hombre ilustrado que llevara de cierta manera a la democracia de esta “sociedad naciente” en “Les idées d’Altamirano dans *La Navidad en las montañas*”, *Op. Cit.*, p. 163

<sup>149</sup> Altamirano, *OC III*, *Op. Cit.*, p. 106

También se contrastan las vivencias en el pueblo, las aportaciones del cura para la modernización: “Yo soy aquí cura, maestro, maestro de escuela, médico y consejero municipal [...] les he dado nuevas ideas [...] y el pueblo va saliendo poco a poco de su antigua postración [...] hemos fundado escuelas que no había para niños y adultos: se ha introducido el cultivo de algunas artes mecánicas”.<sup>150</sup>

Entre las contribuciones importantes del sacerdote está el molino para abolir la “horrible tortura” de moler maíz, la cual lesionaba a las “doncellas” de diversas partes del cuerpo —pulmón, cabeza, estómago—; “la buena y sana alimentación” con la introducción del pan de trigo y maíz, importante progreso en el pueblo, pues mejora la condición física de los habitantes. Se resalta la cooperación que hay entre las autoridades y el cura en el capítulo VIII cuando el capitán conoce la escuela del pueblo y al alcalde: “el cura se quitó el sombrero delante del alcalde, dando así un ejemplo del constante respeto que debe tenerse a la autoridad, emanada del pueblo”.<sup>151</sup>

Para introducir el tema de la educación laica, el autor primero critica el fanatismo y la superchería al mismo tiempo que hace un elogio a las Leyes de Reforma y su repercusión en el siglo XIX para dar un paso a la modernidad y el progreso; ya que, según el cura, el país requería un cambio como la libertad de cultos. Las Leyes debían enfocarse entonces a “depurar esas costumbres paganas” de adorar santos, pues se conoce la historia del santo, los milagros que realizó, etcétera, pero no “las doctrinas evangélicas” que dejó Jesucristo: “abolir estas prácticas; fundar la religión sobre principios y más útiles, es obra de la instrucción popular [...] si el Estado ha de realizarla sólo por medio de esos apóstoles no

---

<sup>150</sup> Altamirano, *OC III, Op. Cit* p. 104

<sup>151</sup> Altamirano, *OC III, Op. Cit* p.115

siempre ilustrados que se llaman maestros de escuela”.<sup>152</sup> Altamirano afirma que si el clero fuera más “ilustrado” y capaz de comprender el cristianismo primigenio, se daría cuenta que debe cooperar con el gobierno y no ponerse en su contra, por ejemplo, cuando se aprobaron las Leyes de Reforma, el clero condenó los proyectos liberales y excomulgó.

En cuanto a la educación secularizada, Altamirano presenta la historia del maestro de escuela, quien casi muere a manos de los pobladores incitados por un sacerdote de una aldea vecina y que el cura evitó, pues llegó a tiempo para salvar de una muerte segura al maestro. El autor describe el fanatismo, así como la postura de los sacerdotes cuando las Leyes de Reforma hicieron laica la educación, pues anteriormente los sacerdotes moldeaban también la educación de todos los ciudadanos: “Este hombre no cree en Dios, ni es cristiano, ni va a misa, ni respeta a nuestros santos, y es enemigo del padrecito de nuestro pueblo, y éste nos ha dicho que era bueno que lo matáramos, para quitarnos este diablo de la población que se está salando con su presencia”.<sup>153</sup>

Finalmente, en el último capítulo, el número XI, además de la historia del maestro de escuela, se cuenta la del amor entre Pablo y Carmen. El joven pobre y despreciado, que logra superarse mediante su laboriosidad y servicio a la nación, frente a la joven de buena familia que no se atreve a contradecir a sus padres correspondiendo a Pablo.

Por todo los hechos anteriores el capitán se da cuenta que no todos los sacerdotes son una peste, y que se necesitan más clérigos comprometidos con el bien común, para enseñar los valores morales que llevarían al progreso, siempre de la mano con el Estado, pues en este pueblo perdido entre las montañas, la autoridad eclesial y la autoridad política

---

<sup>152</sup> Altamirano, *OC III, Op. Cit* p. 134

<sup>153</sup> Altamirano, *OC III, Op. Cit* p. 135

no están peleadas, más bien trabajan juntas para el pueblo. Así que al final de la obra se siente la concordia y la paz: “Yo mismo olvidaba todas mis penas y me sentía feliz contemplando aquel cuadro de sencilla virtud y de verdadera modesta dicha, que en vano habría buscado en medio de las ciudades opulentas y en una sociedad agitada por terribles pasiones”.<sup>154</sup>

México era un proyecto, un país aún por hacerse, un ideal político que requería un contenido concreto; las preocupaciones sociales dotaron de materia al pensamiento utópico, que tuvo en las novelas el lugar idóneo para difundir sus ideas, afinar propuestas y realizar ejercicios prácticos, como *La Navidad en las montañas*. El mensaje social romántico tenía una fuerte carga moral y moralizante: el recto comportamiento de las personas, la disposición a conducirse conforme los dictados de la fe y los intereses de la patria, tenían que dar la pauta. Un maniqueísmo didáctico operó en sus tramas, facilitó la exposición y abrevió la presentación de la complejidad social: aristócratas y ricos solían ser inmortales; la gente del pueblo, buena por naturaleza.

El discurso católico liberal se presenta mediante un programa de convivencia social, tolerancia y conciliación para llegar a la consolidación y a la unidad social y política que tanto anhelaba Altamirano para la unión del país:

Se necesita, pues, en México una disposición esencialmente “práctica”, que sin estar en pugna con la libertad religiosa otorgada por la ley, facilite, al contrario, su ejecución, depure las costumbres paganas creadas por el fanatismo unas veces, y otras por la necesidad de complacer a los pueblos idólatras recién conquistados; y por último, que

---

<sup>154</sup> Altamirano, *OC III, Op. Cit* p. 113

favorezca y garantice la libertad de todos en la profesión de la fe religiosa.<sup>155</sup>

En la novela, este programa, esta búsqueda del bien común se encuentra expresada a través de la aspiración del liberalismo de ser intérprete del cristianismo, de cómo se puede fundar la democracia en el Evangelio, en el gran aliado que puede ser el sacerdote del templo, pues si se comparte con él la dirección espiritual del pueblo se pueden conciliar el espíritu cristiano con las ideologías políticas. Se debe compaginar el Evangelio de Jesús con el Evangelio de la Democracia, esta teoría es posible si se hubieran aplicado las Leyes de Reforma en toda su amplitud, ya que esto hubiera llevado al bien común, sin embargo, la historia fue otra, y el Maestro sabía que las costumbres tan arraigadas del pueblo serían el mayor obstáculo para que las Leyes de Reforma prosperaran.

---

<sup>155</sup> Altamirano, *OC III, Op. Cit.*, p125

## CONCLUSIÓN

La revisión del marco histórico de la Guerra de Reforma e Intervención Francesa en México durante el siglo XIX, me permitió identificar los acontecimientos políticos y sociales más importantes, los conflictos bélicos que el país enfrentó antes de llegar a la llamada República Restaurada, los postulados liberales que influyeron en la vida y obra de Ignacio Manuel Altamirano. Estos estudios me apoyaron para analizar y profundizar las posturas ideológicas y religiosas de la época para contrastarlas y llegar a la definición de catolicismo liberal. Se trata del contexto histórico que favoreció la concordia entre la clase política y los letrados que condujo a la práctica de un catolicismo liberal, todo lo anterior se vio reflejado en sus escritos, ya que a través de ellos, se construyó la idea de una sociedad católica liberal, en el sentido de que la organización política y social moderna y respetuosa de que las libertades individuales no debía confrontarse con las creencias católicas, sino complementarse; por lo tanto queda demostrada la primera hipótesis que nos planteamos al principio de esta tesis.

*La Navidad en las montañas* es un discurso católico liberal que expone las ideas religiosas, mediante las historias breves y los diálogos de sus personajes.

Para reconocer como se manifestó y desarrolló la propuesta de conciliación de intereses e ideas, analicé algunos discursos, crónicas y artículos para observar la forma en que se construyó la utopía de *La Navidad en las montañas*. Altamirano concibió el catolicismo liberal en estas ideas que fue sembrando a lo largo de su obra, en las cuales muestra su postura ideológica y religiosa, pues en diversas crónicas narra su infancia y lo que hacía en determinadas celebraciones religiosas. De igual forma queda demostrado que las consignas de conciliación y concordia rigieron la obra de Altamirano

Con base en lo anterior, podemos afirmar que Altamirano no asumió una postura anticlerical radical, como Ignacio Ramírez, su maestro. En la lucha política fue radical; sin embargo, en otros terrenos buscó siempre un equilibrio entre los postulados liberales para impulsar la educación y actuar como católico.

Ignacio Manuel Altamirano logró que su postura religiosa y sus principios liberales se unieran dando lugar a una propuesta respetuosa, erudita y didáctica. A través de sus crónicas, artículos y discursos, conocemos el pensamiento y postura de la ciudadanía del siglo XIX, así como cada una de sus tradiciones populares que forman parte de nuestro país, pero sobre todo, de nuestra cultura. En los cuadros de costumbres de Altamirano es posible identificar cómo se construyeron las bases de su pensamiento católico liberal.

La utopía que Altamirano plantea en *La Navidad en las montañas* ocurre cuando el país ha alcanzado la paz, cuando hay condiciones para pensar en una sociedad libre, igualitaria, en la que el progreso no estuviera fincado en la explotación del hombre. Así que parecía posible alcanzar el progreso sin alterar las tradiciones religiosas de la sociedad, pues solo se necesita un poco de voluntad del pueblo y un clero ilustrado.

La historia de *La Navidad en las montañas* nos presenta a un capitán liberal que, en su travesía por las montañas, conoce un pequeño pueblo cuyo cura ha contribuido a crear un clima de armonía, respeto y sencillo fervor. Bajo el marco de la costumbre y con el auxilio de una fe que retorna a sus fuentes originales, la pequeña comunidad agrícola ha incorporado algunas innovaciones que, como el molino, alivian las tareas más pesadas. La organización económica del pueblo está fundada en la participación colectiva, la cooperación, la distribución equitativa de los productos; en cuanto a la administración de orden y justicia, la solución de los conflictos es confiada a la sabia decisión de los ancianos

y sancionada a la par por el alcalde (autoridad civil) y el sacerdote (autoridad espiritual). Esta novela es la representación de una utopía perdida en un paisaje idílico y llevada a cabo por las ideas de un liberal; un soldado defensor acérrimo de la Reforma, y un cura español; como telón están un extraordinario paisaje y los postulados políticos de Altamirano, esas ideas que se fueron construyendo a lo largo de sus escritos, están plasmadas como una ficción en esta novela.

A lo largo de este trabajo hemos reflexionamos sobre la participación de Altamirano en los conflictos políticos y bélicos para observar cómo influyeron en la propuesta de un católico liberal. Entre los aspectos relevantes de la transformación del pensamiento del escritor destaca el interés por la concordia entre las dos ideologías dominantes, demostrando que se puede ser liberal y católico, pues ambas buscan el bien común.

Altamirano demostró que se podía ser católico y liberal al mismo tiempo, y que en esa comunión de ideologías, la patria estaba unida, pues pasados los conflictos bélicos era hora de renacer como república y de unirse como individuos de un mismo país dejando de lado las posturas políticas. En cada uno de sus textos se puede observar cómo intenta conjuntar, en un principio sin proponérselo, el liberalismo con el catolicismo, ya sea con una opinión sobre la catedral, o haciendo un recuento de la cuaresma, o simplemente recordando cómo era la Semana santa en su pueblo

Ignacio Manuel Altamirano fue un liberal que blandió la espada cuando su país lo necesitó, pero también supo esgrimir la pluma cuando la República Restaurada requirió combatientes de la palabra; ya sea mediante un discurso cívico que alentara a la población; o a través de una crónica que capturara las preocupaciones de la vida cotidiana de mediados

del siglo XIX; o una novela, con un bucólico paisaje perdido entre las montañas, en donde la conciliación de ideologías políticas y posturas religiosas pareciera posible: “Nunca, y usted lo habrá conocido por mi narración, he podido olvidar ‘aquella hermosa Navidad, pasada en las montañas’.”<sup>156</sup>

---

<sup>156</sup> Altamirano, *OC III, Op. Cit.*, p. 152



## BIBLIOGRAFÍA

### Directa

- ALTAMIRANO, Ignacio Manuel, *El Zarco*, Universidad Veracruzana, Clásicos mexicanos número 6.
- , *Clemencia y La navidad en las montañas*, Edición y prólogo de Antonio Castro Leal, México, Porrúa, 1995
- , *Obras completas I. Discursos y brindis*, Edición, prólogo y notas de Catalina Sierra Casasús, México, SEP, 1986
- , *Obras Completas III. Novelas y cuentos*, Edición y prólogo de José Luis Martínez, México, SEP, 1986
- , *Obras Completas V. Textos costumbristas*, Edición y prólogo de José Joaquín Blanco, México, SEP, 1986
- , *Obras completas VII y VIII, Crónicas*, Tomo I y II, Edición, prólogo y notas de Carlos Monsiváis, México, SEP, 1987.
- , *Obras completas XII, Escritos de literatura y arte*, Tomo I, selección y notas de José Luis Martínez, México, SEP, 1988
- , *Obras Completas XVIII, Periodismo político*, Edición, prólogo y notas de Catalina Sierra Casasús, México, SEP, 1986
- , *Obras Completas XXII. Epistolario: 1850-1889*, Edición y prólogo de Jesús Sotelo Inclán, México, SEP, 1992
- , *Obras completas XXIII. Epistolario: 1889-1893*, Edición y prólogo de Gloria Sánchez Azcona, México, SEP, 1992
- , *El Renacimiento: periódico literario*, edición facsimilar, México, UNAM, 1993
- , *Para leer la patria diamantina. Una antología general*, Selección y estudio preliminar de Edith Negrín, Ensayos críticos de Manuel Sol, Rafael Olea Franco, Luzelena Gutiérrez Velasco, Cronología Nicole Girón, CFE, FLM, UNAM, México, 2006

### *Indirecta*

- AZUELA, Mariano, *Cien años de la novela mexicana*, México, Botas, 1947
- BATIS, Huberto, Introducción en *El Renacimiento: periódico literario*, México, UNAM, 1993
- SOL, Manuel y Alejandro Higashi, *Homenaje a Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893)*, Universidad veracruzana, México, 1997
- , *Biografía de Ignacio Manuel Altamirano*, México, UNAM, 1995
- OLEA FRANCO, Luzelena Gutiérrez Velasco, *Cronología de Nicol Girón*, México, FCE, Fundación para las Letras Mexicanas, UNAM, 2006

### *Fuentes Generales*

- ADAME GODDARD, Jorge, *El pensamiento político y social de los católicos mexicanos, 1867-1914*, México, UNAM, 1981
- AGUILAR, Alonso y Juorge Carrión, *El pensamiento político de México. Entre lo viejo y lo nuevo*, México, editorial Nuestro tiempo, 1987
- ALVEAR ACEVEDO, Carlos, *La Iglesia en la historia de México*, México, Editorial Jus, 1988
- ARICÓ, José y Jorge Tula, *Diccionario de política*, México, Siglo XIX, 2005
- BAZANT, Jan, *Los bienes de la Iglesia en México, 1856-1875: aspectos económicos y sociales de la revolución liberal*, México, COLMEX, 1971
- Blanco, José Joaquín, *Crónica literaria*, México, Cal y arena, 1996
- BRUSHWOOD, John, *México en su novela. Una nación en busca de su identidad*, México, FCE, 1973
- CARBALLO, Emmanuel, *Historia de las letras mexicanas del siglo XIX*, México, Universidad de Guadalajara/Xali, 1991
- CEBALLOS RAMÍREZ, Manuel, *El catolicismo social: un tercero en discordia*, México, COLMEX, 1991
- , "Las lecturas católicas: 50 años de literatura paralela 1867-1917" en *Historia de la lectura en México*, México, COLMEX, 1999, 153-204
- COVO, Jacqueline, *Las ideas de la Reforma en México (1855-1861)*, traducción de María Francisca Mounier-Martínez, México, UNAM, 1983

- , “Les idées d’Altamirano dans *La Navidad en las montañas*”, Cahiers du Monde Hispanique et Luso-Brésilien, no. 19, 1972
- DE CAMPO, Ángel, *El de los claveles dobles*, estudio preliminar, compilación y edición de Miguel Ángel Castro Medina, México, UNAM, 2008
- DE LA FUENTE MONGE, Gregorio L, “Clericalismo y anticlericalismo en México, 1810-1938” en <http://www.ahistcon.org> (15 de noviembre 2010)
- DUMAS, Claude, Justo Sierra y el México de su tiempo 1848-1912, Vol. 1, traducción de Carlos Ortega, México, UNAM, 1992
- FRAHM, Sally.” La cruz y el comás: la religión cívica de Benito Juárez”. En [http://www.crossandcompass.com/sp\\_trans\\_juarez.pdf](http://www.crossandcompass.com/sp_trans_juarez.pdf)
- GARCÍA CANTÚ, Gastón, *Utopías mexicanas*, México, FCE, 1978
- GONZÁLEZ PEÑA, Carlos, *Historia de la literatura mexicana*, México, Porrúa, 1963
- GONZÁLEZ, Luis, “El liberalismo triunfante”, *Historia General de México*, México, COLMEX, 1981
- GONZÁLEZ, Manuel Pedro, *Trayectoria de la novela en México*, México, Botas, 1951
- HALE, Charles, *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, México, Editorial Vuelta, 1991
- HOLZ, Karl, “El populismo y la emancipación mental en la literatura nacional mexicana del siglo XIX”, en *Literatura Mexicana*, México, volumen 1, número 2, 1990
- ILLADES, Carlos, *Nación, sociedad y utopía en el romanticismo mexicano*, México, CONACULTA, 2005
- JUÁREZ, Benito, *Apuntes para mis hijos*, México, UNAM, 2004
- LABOA, Juan María, *La Iglesia del siglo XIX: entre la restauración y la revolución*, Madrid, UPCo, 1994
- LAFRAGUA, José María, “Carácter y objeto de la literatura”, *La misión del escritor: ensayos mexicanos del siglo XIX* de Jorge Ruedas, México, UNAM, 1996
- MACIEL, David, *Ignacio Ramírez ideólogo del liberalismo social en México*, México, UNAM, 1980
- MATA, Oscar, *La novela corta mexicana en el siglo XIX*, México, UNAM, 2003
- MATUTE, Álvaro, coord, *Estado, iglesia y sociedad en México, Siglo XIX*, México, Porrúa, 1995

- MARTÍNEZ, José Luis, *La literatura mexicana en el siglo XIX*, México, CONACULTA, 1995
- , *La expresión nacional*, México, Imprenta universitaria, 1955
- MILLÁN, María del Carmen, “Dos utopías”, *Historia Mexicana*, octubre-diciembre, volumen 7, no. 2, 1957, p. 187-206
- MOLINA MARTÍNEZ, José Luis, *Anticlericalismo y literatura en el siglo XIX*, Murcia, Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones Murcia, 1998
- MONSIVÁIS, Carlos, *Las herencias ocultas de la Reforma Liberal del siglo XIX*, México, Debate, 2006
- PÉREZ-RAYÓN, Nora, “El anticlericalismo en México: una visión desde la sociología histórica” en *Revista Sociológica*, año 19, número 55, mayo-agosto 2004, p. 113-152
- RAMÍREZ, Ignacio, *Discursos, cartas, documentos, estudios*, Edición de David R. Maciel y Boris Rosen Jelomer, México, Centro de investigación científica Jorge I. Tamayo, 1985
- , *Discursos y artículos*, Prólogo y selección de Agustín Ioera Chávez, México, 1959
- , *La palabra de la reforma en la República de las letras: una antología general*, Prólogo y estudio preliminar de Liliana Weinberg, México, FCE, 2009
- SANDOVAL, Adriana, *Los novelistas sociales. Narrativa mexicana del siglo XIX*, México, UNAM, 2008,
- SAVARINO, Francisco, *El anticlericalismo en México*, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, Campus Santa Fe, México, 2008
- SEFCHOVIVH, Sara, *México: país de ideas, país de novelas*, México, Grijalbo, 1987
- SIERRA, Justo, *Juárez: su obra y su tiempo*, México, Editorial Valle de México, 1988
- SOL, Manuel y Alejandro Higashi, *Homenaje a Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893)*, Universidad veracruzana, México, 1997
- SOL, Manuel, “La Navidad en las montañas o la utopía de la hermandad entre liberales y conservadores” en *La Palabra y el Hombre*, abril-junio 1999, núm. 110

SUÁREZ CORTINA, Manuel, Evelia Trejo Estrada, Aurora Cano Andaluz (editores), *La cuestión religiosa. España y México en la época liberal*, España, Edicions Universidad Cantabria, 2013

WARNER, Ralph, *Historia de la novela mexicana en el siglo XIX*, México, UNAM, 1953

-----, *Biografía de Ignacio Manuel Altamirano*, México, UNAM, 1995

ZAID, Gabriel, "La novela como villancico" en Altamirano, Ignacio Manuel; *La navidad en las montañas*; Notas y comentarios de José E. Pacheco, José Luis Martínez y Gabriel Zaid, Editorial Jus, México, 1998